



Agustín Galán García

LA CONSPIRACIÓN DE MADRIGAL O
EL PODER SEDUCTOR DE LA PALABRA

Lección Inaugural
Curso 2003-2004

LA CONSPIRACIÓN DE MADRIGAL
○
EL PODER SEDUCTOR DE LA PALABRA

AGUSTÍN GALÁN GARCÍA
CATEDRÁTICO E. U. DE HISTORIA E INSTITUCIONES ECONÓMICAS

LA CONSPIRACIÓN DE MADRIGAL
○
EL PODER SEDUCTOR DE LA PALABRA

LECCIÓN INAUGURAL
CURSO ACADÉMICO
2003-2004



Universidad
de Huelva

DATOS EDICIÓN

PRIMERA EDICIÓN EN FORMATO EBOOK: DICIEMBRE 2015

PRIMERA EDICIÓN EN FORMATO PAPEL: SEPTIEMBRE 2003

© Servicio de Publicaciones 
Universidad de Huelva 

© Agustín Galán García 

I.S.B.N.: 978-84-95699-05-2

Depósito legal: H 234-03

PAPEL

Papel

Offset industrial ahuesado de 90 g/m²
Impreso en papel de bosque certificado

Encuadernación

Rústica, cosido con hilo vegetal


Printed in Spain. Impreso en España.

Imprime

Artes Gráficas Bonanza S.L.

Publicaciones de la Univesidad de Huelva es miembro de UNE 

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

 [Clique para mayor información](#)



EL EBOOK LE PERMITE



Citar el libro



Navegar por
marcadores e
hipervínculos



Realizar notas
y búsquedas
internas



Volver al
índice
pulsando el pie
de la página



Comparte
#LibrosUHU



Únete y
comenta



Novedades a
golpe de clic



Nuestras
publicaciones en
movimiento



Suscríbete a
nuestras
novedades

*Contra el bullicio y el silencio invento la palabra,
Libertad que se inventa y me invento cada día.*

O. Paz

*«Mi muerte descubrirá quien soy
y lo que en esto hay».*

G. de Espinosa

Rara vez, a lo largo de la vida académica, se presentan ocasiones de tanta solemnidad y de tanta envergadura como la que hoy nos entretiene. Por este motivo y antes de comenzar la exposición quiero expresar mi más sincera gratitud; primero, a los que han hecho posible mi presencia en este estrado; en segundo lugar, a la propia Universidad de Huelva, a la institución y a las personas sobre las que descansa, a todos vosotros, a los que estáis y a los que ya se fueron, por haberme permitido realizar un trabajo en el que sobre todo he podido crecer y crecer como persona. Agradecimiento especial a la antigua Escuela Universitaria de Relaciones Laborales, hoy Facultad de Ciencias del Trabajo, a los compañeros con los que compartido preocupaciones y dificultades pero también alegrías y buenos momentos. Agradecimiento en fin a tantos autores a los que he tenido que recurrir para construir esta lección y que hacen, gran virtud esta de la investigación, una obra colectiva.

Con este agradecimiento quiero también eximir de toda responsabilidad a los que me invitaron y, confiando siempre en vuestro juicio bene-



volente, asumir los riesgos que semejante ocasión supone. Aquí, y para terminar el preámbulo, quiero recuperar el brindis que en su magistral lección nos dejó, allá por octubre de 1995, la profesora Aurora León, de gratísimo recuerdo: ¡va por ustedes! Y que Dios reparta suerte...

La Historia, como disciplina científica, orienta sus objetivos hacia temas de actualidad. Estaremos de acuerdo en que algunos de ellos persisten a lo largo del tiempo: la guerra, ahora -eufemismo inaceptable- calificada como preventiva, la ambición, la esperanza, el poder, el engaño, la conspiración, etc. Para una comprensión adecuada del que hoy les propongo he de pedirles un pequeño esfuerzo; que se desprendan por un momento del esquema mental que nos gobierna e intenten imaginar un mundo en el que religión e interés político no van a ser esferas independientes; dinastía y territorio se van a confundir, el prestigio será más importante que unas arcas saneadas, y sobre todo, aunque de esto encontramos abundantes ejemplos en nuestra historia más reciente, un mundo donde el objetivo prioritario para las élites será mantener el poder y conservar el orden.

Les quiero acercar a la trama conocida como *Conspiración de Madrigal*. Un hecho ampliamente celebrado por la literatura en lengua castellana. Ya a mediados del siglo XVII Jerónimo de Cuéllar, le había dedicado un libro titulado *El pastelero de Madrigal*. También mereció la atención de Lope de Vega en *La tragedia del rey don Sebastián y bautismo del príncipe de Marruecos*. De fama más prolongada fue la pieza de José Zorrilla, *Traidor, Inconfeso y Martir*, estrenada a comienzos de mil ochocientos cuarenta y nueve. Mas tarde, esta vez, en el ámbito de la novela, Patricio de la Escosura escribió *Ni Rey ni Roque* y Manuel Fernández y González, que con *El pastelero de Madrigal*, se convirtió en uno de los escritores más leídos de comienzos del siglo xx en nuestro país. Menor atención ha merecido en Portugal, y enseguida entenderán por qué, donde solo algunos autores menores se interesaron por la fantástica trama que vamos a desvelar. No obstante, el mito que sustenta la conspiración, ha servido de inspiración a autores tan destacados como Camoens o Pessoa. Por el contrario, si encontró un notable eco en Brasil, donde aún hoy siguen apareciendo investigaciones, artículos periodísticos, ensayos,



etc. en los que se traduce el interés por el mito sebastianista e incluso se le trata de buscar reencarnación -traten de leer en esta clave la figura de Lula da Silva, presidente de Brasil-. La propagación al otro lado del Atlántico se debió en gran medida a la labor difusora que del naciente nacionalismo portugués desarrolló el jesuita M. Vieira.

Desde el punto de vista historiográfico podemos destacar apenas dos o tres obras en las que se abordan el estudio de los motivos, las intenciones o los personajes que la protagonizaron: Formica, Casamar y Brooks, fueron sus autoras.

La vida es una cosa seria, muy a menudo trágica y algunas veces cómica, escribió hace ya algunos años el maestro de la Historia Económica C. M. Cipolla. Estas tres cualidades van a coincidir en el tema que nos ocupa, haciendo además una demostración de que en muchas ocasiones la realidad supera con creces a la ficción. Conviene insistir en esto porque el proceso al que aquí nos vamos a referir fue absolutamente real y está documentado en los legajos E.172 y E.173 del Archivo General de Simancas.

Sin embargo, nuestro encuentro con semejante episodio tuvo lugar en el Archivo Histórico de la Provincia de Toledo de la Compañía, a través de un manuscrito cuyo título no permitía imaginar lo apasionante que podrían ser los hechos que narraba. *Historia de Gabriel de Espinosa, de su prisión y otras cosas notables, Valladolid, septiembre de 1591*. Agrupado en un legado referido a cosas de Portugal.

Después de varios años en los que el documento permaneció dormido junto a miles de fichas elaboradas durante la elaboración de mi tesis doctoral, y ya ha llovido, despertaron sus palabras y me lanzaron una llamada que no pude resistir ¿Quién sería Gabriel de Espinosa?; ¿Qué hacía en Valladolid?; ¿Por qué le encarcelaron?; ¿Qué delito cometió?; ¿Lo hizo solo o contó con ayuda?; ¿Qué pretendía? Una primera indagación en la Biblioteca Nacional, hace tan solo unos meses, nos descubrió un asunto apasionante. Gabriel de Espinosa fue pastelero en la castellana villa de Madrigal de las Altas Torres, cometió un delito de enorme gravedad, no estaba solo y el plan se comenzó a gestar en 1580.



Los hechos que protagonizó el mencionado Espinosa debieron alcanzar una gran difusión. Solo así se explica el número de ejemplares localizados, las ediciones realizadas y la dispersión geográfica de los mismos. Archivos y bibliotecas de Galicia, La Rioja, Madrid, Cataluña, País Vasco, Andalucía, Francia e Inglaterra los guardan en sus baldas.

Con sorpresa mayúscula comprobé que, aunque los hechos habían sido estudiados, no se había publicado ninguno de los manuscritos referidos. Este momento es el mejor que podía imaginar para dar a conocer las andanzas del pastelero que fingió ser... Bueno más adelante desvelaremos lo principal de la conspiración que protagonizó el inocente Espinosa. Solo deseo poder transmitirles una parte, al menos, de lo que he podido disfrutar con esta aventura.

Hemos titulado la lección *La Conspiración de Madrigal o el Poder Seductor de la Palabra*. Conspiración, poder y seducción tienen mucho en común. La conspiración encuentra en la palabra el nexo que aglutina las fuerzas para ir contra el superior o el soberano. El ejercicio inteligente del poder tiene en la palabra bien dirigida su principal aliado. Y la seducción... ¿es posible acaso la seducción sin la palabra? Pero palabra y seducción tienen también mucho que ver con educación; educación con universidad y universidad con todos nosotros. Pero no sigamos por ahí, que esta última vinculación la abordaremos más tarde.

Para aproximarnos con toda la seriedad científica que la cuestión requiere, para poder apreciar el carácter cómico, valorar el tono trágico de la trama y poder explicarla en todos sus detalles, les propongo el orden siguiente. En primer lugar, nos acercaremos, con brevedad, a la situación que vive Portugal a finales del siglo XV y primera mitad del XVI. Haremos especial hincapié en la gloria alcanzada con su imperio colonial, la crisis que vivirá este modelo y la necesidad de reorientar su política comercial poniendo la proa hacia África y abandonando el Oriente. En segundo lugar, abordaremos el problema sucesorio que se plantea a la muerte de Juan II y que se resolverá con la llegada prematura al trono luso del rey don Sebastián con apenas 14 años. Nos detendremos en su obsesión por conquistar África y devolverle a su país el esplendor que conoció durante



el reinado de su abuelo don Manuel. Alcazarquivir, también conocida como la Batalla de los Tres Reyes, será el punto de partida para acometer la última parte de la exposición y la pieza clave para entender la conspiración. La desaparición en la arena Áfricana del joven don Sebastián abre las puertas del reino portugués a Felipe II. Parte de las elites lusas no podían admitir la sumisión a la Corona Castellana. El factor nacionalista, naciente en estos momentos en el país vecino, especialmente difundido por alguno de nuestros protagonistas, hará el resto.

*«Por el mérito y la gloria de sus hazañas, los portugueses,
sin réplica posible, tienen derecho a la parte del león».*

T. Astley

I. PORTUGAL EN EL CÉNIT DE SU HISTORIA

Afirma T. Astley, que de todos los grandes acontecimientos que han tenido lugar en el mundo en las últimas eras, los que conciernen a los viajes y descubrimientos de los europeos en los siglos XV y XVI se disputan merecidamente la preferencia. Por el mérito y la gloria de sus hazañas, los portugueses, sin réplica posible, tienen derecho a la parte del león. Hay que reconocer que fueron los primeros en sentar los principios de la navegación marítima, sugiriendo a las demás naciones la posibilidad de emprender el descubrimiento de mundos lejanos. El retraso de los demás países era tal, que llegaron a desarrollar sus empresas durante ochenta años, antes de que cualquiera de sus vecinos pensara en descubrimientos extranjeros.

Esta ventaja les permitirá, a juicio de B. Bennassar y otros autores, construir el primer imperio occidental y moderno del S. XV. Imperio, que por otra parte, debido a la escasez de población y facilitado por el dominio marítimo, tuvo que ser insular por el carácter discontinuo de su ocupa-



ción y porque el único nexo existente entre unos asentamientos y otros eran las propias flotas. Fue la llamada *expansao quatrocentista*.

Haciendo suyo el conocimiento marítimo de los pueblos anteriores, dotando los buques de considerables defensas y, sobre todo, apropiándose de la ruta de las Indias, conquistaron al menos parcialmente, la importación a Europa de la seda, de las piedras preciosas y, muy especialmente, de las especias asiáticas. En el momento culminante, en torno al 40 % de la pimienta que llegaba a Europa rodeaba el Cabo de Buena Esperanza ante la indignación de los venecianos.

En el interior, el comercio va a impulsar el desarrollo de industrias como los astilleros, el textil, la alfarería y marmolería, industrias de cuero, fábricas de conservas, aceite, etc.

El apogeo portugués vendrá acompañado a partir del primer tercio de siglo, de un fuerte impulso religioso, protagonizado por los jesuitas -que sabrán aprovechar sin duda la amplia experiencia comercial portuguesa- y su relevante papel en el proceso evangelizador de las Indias Orientales y China.

Afirma M. Batllori, S.I., que los reinados de Manuel el Afortunado (1495-1521) y de Juan II (1521-1557) representan la gran época del Estado portugués moderno, imperial, mercantilista y emprendedor. Aquellos viajes dieron a los portugueses conciencia de su propia grandeza como nación en el mundo moderno, que nacía precisamente en aquellos momentos. El mecenazgo cultural, que tuvo su traducción artística en el estilo Manuelino, alcanza una gran difusión; la literatura de la época dedicaba una especial atención a los nuevos mundos: *Os Luisiadas* de Camoens, o las crónicas de Joao de Barros y Damiao de Gois son buenos exponentes de ello. Otra muestra de aquel momento de esplendor va a ser el flujo y reflujo de humanistas lusitanos que viajan, y aun se establecen en el exterior, especialmente en Francia para estudiar en las Universidades de París y Burdeos, pero también en Alemania e Italia; y de humanistas extranjeros que van a Portugal para enseñar filosofía y humanidades clásicas. Con un ambiente excepcional y contactos culturales de primer orden se crea una escuela aristotélica, surge gran interés por el



arte, se desarrolla una corriente de teóricos políticos y una escuela de espiritualidad portuguesa.

Sin embargo, y coincidiendo con los últimos años del reinado de Juan II, el imperio oriental, basado en el tráfico de las especias y drogas indias, sufre un proceso de adaptación que le lleva a poner sus fundamentos en Angola y muy especialmente en Brasil. Para el último cuarto de siglo, Magalhanes Godino, ha descrito un sombrío panorama para el imperio oriental portugués, marcado por el fin de su hegemonía en el mundo malayo, la pérdida de las rutas interíndicas, el creciente desarrollo de las rutas terrestres y del Mar Rojo para el tráfico de la especiería, coincidente con el descenso del tráfico de drogas y especies vía El Cabo, y por último, como único rasgo positivo, el crecimiento del flete con productos chinos.

También fue el final del llamado «capitalismo de Estado». En 1570 la Corona perdió el monopolio del comercio entre Lisboa y Goa; dejó de dedicarse al comercio y empezó a vender concesiones, a menudo a mercaderes extranjeros. En 1586 la casa Welser arrendó los derechos exclusivos de la compra de pimienta en las Indias. Esta cesión marcó, a juicio de D. Landes, el punto de inflexión de este comercio y el inicio de una tendencia descendente.

Por el contrario, y seguimos ahora a Bouza Alvarez, la mejor situación de las posesiones portuguesas del Atlántico se va a traducir en el aumento constante de la producción de caña de azúcar en el Brasil, así como en el incremento de la presencia de mano de obra negra, procedente de la costa atlántica africana, destinada a este cultivo. Sin embargo, para el afianzamiento de este nuevo imperio, edificado sobre el azúcar y no sobre la pimienta, Portugal y sus mercaderes necesitaban garantías de que los corsarios no interrumpirían ni el tráfico ni la producción ultramarina, como ya habían hecho los franceses arruinando los cultivos de caña de azúcar en Santo Tomé. Asimismo, les era indispensable contar con el medio de pago necesario para continuar su comercio con Oriente y que buscaban sin éxito tanto en Brasil como en Mozambique y Angola: la plata.

*«Ninguna cosa arruina una monarquía
sino la ponzoña de una lisonja».*

II. DON SEBASTIÁN REY ANTES QUE HOMBRE

Las décadas de los cincuenta y sesenta, además de las dificultades económicas que suponía aquella reorientación del imperio comercial, iban a conocer, ahora en el interior, una situación no menos difícil de resolver. Nos referimos a la gobernabilidad del propio imperio y a la minoría de edad del futuro rey.

Don Sebastián de Portugal, nieto de Juan II, nace de Juan, heredero de la corona lusitana -enfermo de diabetes- y de Juana, Infanta de Castilla, hermana de Felipe II. Su unión apenas duró unos meses, los suficientes para que la princesa quedase embarazada. El 2 de enero de 1554, con tan solo 17 años de edad, muere don Juan. Su esposa, doña Juana de Austria, dará a luz el 20 del mismo mes. Con el nacimiento de Sebastián, en el que se centraban las esperanzas para recuperar la gloria que alcanzara su abuelo, se aseguraba la continuidad dinástica y al mismo tiempo se alejaba del Reino portugués el peligro de caer en manos castellanas. Era por tanto la gran esperanza nacional, de ahí que se le atribuya el nombre de *El Deseado*. A los cuatro meses del alumbramiento doña Juana, por razones aún hoy difíciles de aclarar, abandona Portugal dejando a su hijo al que no volvería a ver jamás.



Difunto el padre y ausente la madre, Catalina de Austria, la reina viuda, asumirá la regencia y la educación del infante hasta que este alcance la mayoría de edad en 1568. El cardenal don Enrique vigilará muy de cerca la educación e instrucción de don Sebastián, velando siempre por evitar la presencia de castellanos en el entorno más próximo al heredero y buscándole una orientación nítidamente portuguesa. En este punto no fueron pocos los desencuentros con la política de la reina regente más proclive, por razones obvias, a Castilla.

Por la gran importancia que la historiografía ha concedido a la educación de don Sebastián, resulta de gran interés conocer a sus principales responsables. Como instructor se nombró a don Alejo de Meneses, que asumiría sus funciones cuando el niño alcanzara los cinco años. Destacaban en su currículum los méritos logrados en las campañas de África y Asia, además de haber sido mayordomo de la reina. Como responsable de la formación cultural y gracias a las presiones de don Enrique, fue elegido el P. Luis Gonçalves de Cámara, de gran prestigio en la Compañía de Jesús, y a quienes la mayoría de los autores consultados atribuyen una gran influencia sobre don Sebastián, especialmente en lo que se refiere a su visión de África como tierra de infieles y por lo tanto tierra de conquista, en una clara manifestación contrarreformista.

Por la importancia que tendrán en el futuro, conviene destacar aquí que todos estos nombramientos vinieron a facilitar en gran medida la expansión de los jesuitas tanto en Portugal como en sus posesiones ultramarinas. Primero, indica Villacorta - Baños, obteniendo el monopolio de la enseñanza preparatoria para el ingreso en la Universidad de Coimbra y más tarde, incorporando colegios de jesuitas a la misma universidad. Todo ello sin olvidar el rosario de privilegios, libertades y franquicias de los que pudieron disfrutar.

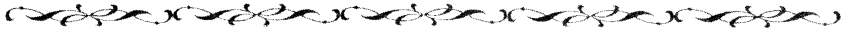
Mucho se ha escrito sobre la enorme influencia que ejercieron los jesuitas sobre don Sebastián. Sin embargo, establecer una relación directa entre educación y carácter, formación y Alcazarquivir, con todo lo que ello significa, sería lo mismo que negar la libertad individual del monarca como persona. Coincidimos aquí con Villacorta-Baños cuando señala que atribuir todos sus males al hecho de haber caído en manos de la Compañía



ña no es sino una valoración bastante superficial del problema. Sin negar que eso pudiera ser así, resulta más convincente tratar de explicar su carácter y sus decisiones como el resultado de una vida especialmente compleja. En efecto, todo parece indicar que la educación recibida le hizo tremendamente religioso, incluso en algunas ocasiones con rasgos de misticismo que sorprendieron a su propio confesor. Pero tampoco conviene olvidar la presencia de una enfermedad que empezó a manifestarse a los 11 años y sobre cuyo origen y síntomas aún hoy se continúa escribiendo; la ligera deformación de su cuerpo que, a juicio del P. Mateo Ricci, le cohibía de tal manera que nunca permitía que le vieran desnudo y que intentaba fortalecer con un régimen espartano de esgrima, torneos constantes y prolongadas cacerías a caballo; el desconocimiento de sus padres, especialmente de su madre; el deseo de recuperar la gloria que en otro tiempo conoció su Imperio, para lo que necesitaba imperiosamente la guerra contra el infiel, etc. Y todo esto adornado con una situación extraordinaria: su nombramiento como rey a los tres años y la asunción del poder a los catorce; y con otra circunstancia que no lo era tanto: presencia constante y numerosa de aduladores -ya se decía en la época que *ninguna cosa arruina una monarquía sino la ponzoña de una lissonja*-. No conviene olvidar tampoco la escasa atención que prestó a los distintos proyectos matrimoniales que se le presentaron, con la consiguiente despreocupación por la búsqueda de herederos y la fama, muy difundida por todo el país, sobre su falta de virilidad.

Pero volvamos al orden cronológico. El 23 de diciembre de 1562 y tras la renuncia de doña Catalina, las Cortes nombran nuevo Regente de Portugal a don Enrique. El nombramiento llevaba implícita una condición: había de entregar el gobierno del reino a don Sebastián cuando este cumpliera los 14 años. Desde el punto de vista de la vinculación con España esto iba a significar un retroceso considerable y un avance en el planteamiento nacionalista y anticastellano. La preocupación fundamental durante su regencia sería el buscar una solución a la cuestión dinástica.

Apenas seis años después, concretamente el 20 de enero de 1568, el Rey Deseado alcanzaba la mayoría de edad. Había llegado el momento



de asumir la Corona de Portugal. Como señaló Francisco de Sales Mascarenhas, «D. Sebastián se hizo rey antes que hombre».

Una gran sensación de inseguridad marcaba el presente y muy especialmente el futuro de Portugal. Las potencias europeas, particularmente Francia, seguían con extremada atención el devenir de los acontecimientos. España, no podía ser de otro modo, velaba expectante. No en vano, según H. Kamen, Felipe II ya empezó a mirar la posible unión con Portugal cuando apenas el príncipe Sebastián tenía tres años. Pero no adelantemos acontecimientos.

*Loco, sí, loco, porque quise grandeza
Cual la suerte no la da.
No cupo en mi certeza;
Por eso donde está el arenal está
Quedó mi ser, el que hubo, no el que hay.*
F. Pessoa

III. ÁFRICA EN LA MIRADA

Ya fueran las aventuras que le contara su instructor, ya las ardientes prédicas del P. Gonçalvez de Cámara, ya el deseo propio de reinventar a sus antecesores en el trono de los Avis, África aparecía prendida a la retina de don Sebastián. La conquista del norte de Africa y la incorporación a la cristiandad por su mano va a simbolizar y sintetizar su reinado. Africa es el sueño que le obsesiona, que le arrastra y le seduce; Africa representa su salvación, la vuelta ansiada a la grandeza, la consagración del imperio. En el escenario onírico que se construye las arenas africanas le acogerán, se rendirán a sus pies y mostrarán al mundo cuanta gloria posee el rey lusitano. Las victorias de Lepanto y San Quintín quedarán oscuras por la gloria conseguida. Pero Africa se presenta también como la alienación más fácil.

Que está dispuesto a transformar aquel sueño en una realidad lo empieza a poner de manifiesto muy pronto. A finales de 1573, simulando



una excursión al sur del país, empieza a disponer algunas medidas preparatorias para una expedición armada. Llevadas con bastante sigilo, se intensificaron en los primeros meses del año siguiente, para salir el 3 de agosto hacia Sintra y desde allí a Cascaes. El 20 del mismo mes estará en la bahía de Sagres, donde se unirá a la Escuadra del Estrecho para llegar con ella a las costas africanas.

Sin embargo, la gloria africana tendría que esperar; la insistencia de la Reina regente, la falta de colaboración de Felipe II y, sobre todo, las condiciones de la expedición, le hicieron desistir. A comienzos de noviembre del mismo año llegaba al Cabo de San Vicente. O no calibró adecuadamente la envergadura de la expedición, o, su candidez le hizo confundir una campaña militar con los juegos de caballería o con lancear toros en las dehesas del Algarve.

Transcurridos algunos meses, como si nada hubiera en el Reino que no fuera la empresa contra el infiel, volverá a plantear el proyecto. Ahora lo hará con toda la firmeza, abiertamente y dispuesto a buscar todos los apoyos necesarios. Sin embargo, dominar esta franja continental no era una cuestión baladí. Ciertamente que desde España, y en este sentido se pronuncia Tellez Alarcia, debido tal vez al descubrimiento de América por un lado, y a la formación de la monarquía multinacional de los Hasburgo por otro, no se había desarrollado una política eficaz y continua sobre el norte de África. Pero ese momento había llegado. El proyecto consistía en establecer un protectorado español en Argel y buscar una alianza con el rey de Marruecos, al tiempo que se estaba trabajando para propiciar una tregua con los turcos del Mediterráneo. De llevarse a cabo el plan se daría un fortísimo y beneficioso golpe de efecto. No obstante, este ambicioso proyecto se ponía en peligro por las amenazas portuguesas vertidas contra Marruecos y su monarca, Abd al-Malik. Sebastián había decidido apoyar al monarca marroquí depuesto, el ahora exiliado Muhammad al-Mutawakkil, y para ello estaba decidido a organizar una expedición militar contra el nuevo ocupante del trono.

Felipe II, unas veces en persona, otras por carta y aún otras a través de enviados personales, trato de hacerle desistir de aquel intento. La primera

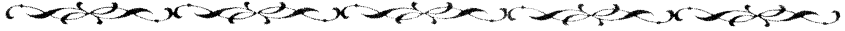


y más conocida ocasión tuvo lugar durante las Navidades de 1576 en la famosa entrevista del convento de Guadalupe. Aunque las peticiones del joven monarca luso eran tres, la que adquirió mayor protagonismo fue su proyecto de expansión. Según informa Cabrera de Córdoba, Felipe II comunicó a su sobrino todas las gestiones diplomáticas iniciadas con el rey de Marruecos y le aconsejó la suspensión de la expedición. Sebastián, sin embargo, solo estaba dispuesto a escuchar ofertas concretas de ayuda para su plan. Para el monarca español carecía de todo sentido abrir un nuevo frente de guerra en el Sur, pero -según H. Kamen- llegó a ofrecerle cincuenta galeras y cinco mil españoles, que tendría que pagar. Por otro lado, teniendo en cuenta los riesgos de la expedición, le insistió en que no debía participar personalmente. En cita que recoge el propio Kamen, narra la impresión que se llevó hasta El Escorial y que transmitió al embajador Khevenhuller: «Sebastián tiene buena y santa intención pero poca madurez. Le he persuadido de palabra y por escrito pero no ha aprovechado nada». En 1578 salían hacia Portugal Juan de Silva en calidad de embajador y Benito Arias Montano con la misión de intentar persuadir a Sebastián para que abandonase sus ansias expansionistas.

Estos esfuerzos del monarca hispano nos dan una idea de lo que se jugaba en aquel momento por la obstinación del monarca portugués.

Sea como fuere, el rey de Portugal iba a continuar con la empresa que le cubrirá de gloria, mucho más allá de lo que él mismo soñaba.

Tal vez por la experiencia adquirida en el primer viaje o tal vez porque dudaba de la generosidad de las donaciones, dado que buena parte de la nobleza portuguesa no veía con buenos ojos la aventura, no titubeó Sebastián en habilitar cuantos mecanismos fueran necesarios para incrementar los escasos recursos disponibles. Buena prueba de ello la tenemos en el acuerdo que alcanzó con los judíos conversos portugueses. Estos habían sido multados de manera considerable por la Inquisición hasta el punto que se enfrentaban a la ruina total y empezaban a enviar sus posesiones a Flandes e Italia. Pactaron una exención por 10 años de todas las sanciones por herejía a cambio de proporcionarle 250.000 ducados para su campaña africana.



Las márgenes del Tajo a su paso por Lisboa, en plenos preparativos expedicionarios, más parecían un carnaval que la antesala de una guerra. Más de seiscientas velas se hinchaban en la bahía. Varones de claros linajes, ancianos, jóvenes y maduros se disponen a partir. Alimentaba el ambiente festivo un rumor hábilmente difundido, según el cual, el ejército enemigo, impresionado por el poderío de las fuerzas lusas, no haría sino huir y dejar el camino expedito para el gran triunfo de su rey.

A pesar del apoyo poco entusiasta de España, de la escasez de tropas capacitadas, de contar con un erario agotado, de la falta de un plan de campaña claro y de las advertencias de sus asesores militares, Sebastián zarpó de Lisboa el 25 junio de 1578 con una flota de unos 800 buques. El 28 del mismo mes llegaba a Cádiz y el 7 de julio recalaba en Gibraltar. Días después desembarcará en Asilah, en la costa noroeste de África. Según apunta M. Formica, a lo largo de la travesía se fueron sucediendo las propuestas de concierto del rey africano. *... a su alteza le daría estado y tierras en que viniese muy próspero y, si quería fortalezas en las marinas, que se las daría y haría que si quería ganar el Cabo de Aguer y le ayudaría a eso...*

Sin embargo don Sebastián, tal vez porque estaba librando la guerra en el escenario de sus sueños, no escuchó.

E. Spence, con palabras del P. Ricci, recupera algunos detalles de interés. «Su enfoque pausado de la campaña dio tiempo de sobra a su adversario, Abd al Malik, para reunir un ejército formidable que excedía mucho en número a la caballería y arcabuceros de Sebastián. Además, Abd al Malik conocía a fondo el terreno a diferencia de Sebastián y tenía el equipamiento adecuado para combatir el sol cegador del desierto; la armadura de Sebastián se calentaba tanto que tenían que echarle agua por el cuerpo debajo de las chapas metálicas. Asimismo, el ejército de Sebastián se vio ralentizado por las inmensas carrozas reales que había insistido en llevar, por los lujosos pabellones de la nobleza, que había que guardar y transportar, por varias capillas portátiles y por miles de simpatizantes cuyas filas incluían, además del delegado papal y dos obis-



pos mayores, varios cientos de sacerdotes y multitud de pajes, músicos, esclavos negros y prostitutas».

Tal vez no haya nada que ejemplifique mejor una faceta de la Contrarreforma como la batalla que tuvo lugar el 4 de agosto de 1578, en Alcazarquivir. Miles de nobles y reclutas portugueses murieron, al igual que lo hicieron los mercenarios valones, alemanes, holandeses e ingleses que combatieron a su lado. Después de atacar a caballo una y otra vez las filas musulmanas, el Rey Sebastián perdió la vida, aunque en el caos de la lucha nadie lo vio morir. Todo lo que sus criados hallaron fue el cadáver completamente desnudo y cubierto de heridas. Del otro lado, Abd al Malik, murió mientras intentaba subir al caballo para rehacer a sus tropas y Al Mutawzkkil se ahogó mientras huía del combate. De los que quedaron en el campo de batalla, escribió un observador: «los muertos estaban encima de los vivos y los vivos encima de los muertos, todos despedazados, cristianos y moros estrechamente abrazados, llorando y muriendo, algunos encima de la artillería, otros arrastrando extremidades y entrañas, atrapados debajo de los caballos o destrozados encima de ellos». De la hueste portuguesa solo cien personas consiguieron esquivar la muerte o el apresamiento y regresar a la flota anclada frente a la costa.

La mayor parte de la historiografía ha visto la batalla como la desorbitada aventura de un joven rey, ávido de gloria y empujado por la obsesión contrarreformista. Sin embargo, apunta Bouza Alvarez, si quisiéramos encontrar en el desembarco militar un intento de frenar la expansión otomana en el Norte de Africa, obtendríamos una buena muestra de lo que él mismo ha denominado como «solución nacional de la crisis lusitana».

Sea como fuere, las noticias del fatal desenlace llegaron a Madrid el 12 de agosto. La desaparición de don Sebastián y la de Abd al-Malik, aliado de Felipe II en la zona, frustraba el plan español para el Mediterraneo. Sin embargo, se abrían buenas perspectivas en otros frentes. Portugal, incluidas sus bases norteafricanas y a expensas de la cuestión sucesoria, podía ser una buena recompensa a cambio del incierto resultado de aquel último intento africanista.

*«Bien puede el Rey meterme en Castilla,
pero meter Castilla en mí, nunca».*
Fray Heter Pinto.

IV. EL TRONO PARA UN REY ODIADO

Conocido el desenlace de la batalla, el cardenal don Enrique, tercer y único hijo todavía vivo de Manuel el Grande, tomo posesión del trono de Portugal. Su avanzada edad aconsejó dedicar el tiempo de su reinado a resolver la cuestión sucesoria. Hacían valer sus derechos Felipe II, nieto de Manuel el Grande, y don Antonio, prior de Crato, hijo ilegítimo del duque Luis de Béjar, por lo tanto nieto también de don Manuel aunque por línea bastarda. La tercera en discordia, aunque con pocas posibilidades, fue la Duquesa de Braganza. A pesar de que la mayoría de los portugueses se oponían al mandato de Felipe II, don Enrique rechazó las pretensiones del Prior y creó un consejo de regencia.

Felipe II, que veía a su alcance la unión de los dos reinos con todo lo que ello significaba, no iba a escatimar esfuerzos para conseguirlo. Recién llegadas las noticias del desastre puso en acción los más variados medios para conocer cual era el verdadero estado de Portugal. Al mismo tiempo diseñaba una campaña política para anular la resistencia en el interior del país. La labor de los propagandistas filipinos se presentaba tan esencial como complicada; se trataba de una lucha entre el interés



práctico que representaba su candidatura y el vigoroso sentimiento anticastellano de los portugueses; un enfrentamiento- como ha indicado el mencionado Bouza Álvarez, en el que los partidarios de Felipe II debían *ofrecer un interesse tan grueso que les compita en el entendimiento y en la voluntad con el odio que nos tienen.*

En la estrategia diseñada también estaba contemplada la intervención militar preventiva (perdón por el eufemismo). A juicio del Cardenal Granvela, si se llegaba a plantear el conflicto debía resolverse pronto. En el exterior no era difícil imaginar que los apoyos de Inglaterra y Francia se hicieran manifiestos; especialmente estos últimos, a quienes se les había prometido Brasil si los partidarios de don Antonio se hacían con el trono.

Para Castilla podía suponer el reforzamiento de la posición hispánica en el mundo y la apertura de nuevas posibilidades de desarrollo económico en el gran tráfico comercial. Desde el punto de vista defensivo propiciaba, por fin, la formación de la Provincia cerrada. Desde el punto de vista naval, la suma de ambas armadas, la convertía en la primera del mundo con una apreciable ventaja sobre el resto. En cuanto a la Europa del Norte los cambios no iban a ser menos importantes. El control de la sal y especias portuguesas se convertía en un elemento estratégico de primer orden. En definitiva, como señaló fray Hernando del Castillo, *en el negocio de Portugal pérdida o ganancia sería ganar o perder el mundo.*

El monarca castellano se presentaba como la opción más adecuada y más fiable para superar la crisis que afectaba al imperio oriental desde mediados de siglo. Su mayor argumento: ser dueño y señor de las Indias Occidentales. En una palabra, representaba la alternativa complementaria y necesaria para revitalizar el imperio

Pero no solo la aristocracia y la burguesía contemplaban con buenos ojos la unión de las dos coronas. El clero veía en el rey castellano al defensor de la religión; los cristianos nuevos, que acaparaban las actividades económicas y financieras, esperaban de la nueva situación un campo más amplio para sus especulaciones y un margen mayor de libertad, que redujera el riguroso control al que los tenía sometidos la Inquisición portuguesa.

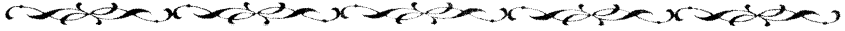


Sin embargo, en las capas populares y en una buena parte del clero regular, persistía el recelo hacia el dominio castellano. Su candidato era el mencionado don Antonio. Según M. Van Durme, en una primera instancia se mostró dispuesto a renunciar a cambio de 500.000 ducados. Luego pretendió el nombramiento como gobernador, ser virrey de Portugal y el derecho a nombrar a los altos funcionarios. Esto puso fin a las conversaciones. Sea como fuere, don Antonio fue aclamado como rey en Santarem. Mientras tanto, los gobernadores-regentes que reconocían a don Felipe no lo reflejaron con sus votos en las Cortes de Almeirín. La confusión estaba servida y la excusa para la intervención militar también. El nudo gordiano, en palabras de Domínguez Ortiz, lo deshizo un ejército mandado por el Duque de Alba, recuperado expresamente para esta misión, que derrotó a los seguidores de don Antonio en las inmediaciones de Lisboa. En el mes de septiembre de 1580 entra Felipe II en la capital y al año siguiente, en las Cortes de Tomar, jura como rey de Portugal.

Consciente de que aquel hecho no iba a significar el fin de la resistencia hacia su autoridad trató de transmitir, desde el principio, un mensaje claro: su país iba a mantener la independencia de Castilla en todos los aspectos; legislativo, financiero y militar. Los castellanos serían considerados legalmente como extranjeros y por lo tanto incapacitados para desempeñar cargo alguno. Les gobernaría un virrey portugués y se crearía el Consejo de Portugal. Lo mismo ocurriría con su imperio colonial.

El tiempo demostraría que aquellos recelos no carecían de fundamento; las decisiones que se tomaban en Madrid repercutían en Portugal; se vieron envueltos en los conflictos internacionales del imperio hispano, etc. El malestar de amplias capas de la población era patente. En la canalización de este sentimiento anticastellano encontraremos un icono omnipresente: el espectro del rey don Sebastián.

La reivindicación nacionalista encontrarán su mejor altavoz en los púlpitos habitados por el clero regular. Y será precisamente esta capacidad para actuar sobre el pueblo lo que haga enormemente peligrosos a los clérigos militantes antifilipinos. Como ha señalado Bouza Alvarez, gozaban de una palestra privilegiada que nunca podría ser neutralizada



por la acción de los propagandistas católicos, circunscrita a las negociaciones con particulares o con instituciones.

Con el pueblo al lado del candidato derrotado por el rey extranjero, el clero regular dispuesto a rentabilizar la ventaja que supone el púlpito, y con una parte del estado noble a favor de la causa nacional lusitana, solo hacía falta un elemento aglutinador, un argumento superior que se presentase como razón incontestable para tratar de recuperar el trono. El nexo de unión lo encontrará fray Miguel de los Santos en la propia tradición cultural.

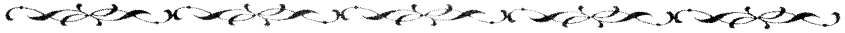
«Traerá en su nombre letra de hierro».

V. DE COMO INVERTIR EL CURSO DE LA HISTORIA. EL RECURSO AL MITO

En efecto, el principal aliado con el que van a contar los protagonistas de nuestra historia va a ser la tradición cultural ibérica en su sentido más amplio y de un modo especial la mitología.

Como han escrito J. Campbel, M. Eliade y otros, los mitos son construcciones intelectuales que vienen a satisfacer los sentimientos religiosos y las necesidades de mucha gente y de todos los estratos sociales, que, por otro lado, al dar la posibilidad de «renovar la incógnita», permite múltiples posibilidades de resolución, se adapta y malea según las necesidades de cada grupo.

La utilización del mito o el recurso al mito guarda una estrecha relación con la manera en que cada pueblo, sociedad, grupo, etc. se ha defendido de la historia. Así, las civilizaciones tradicionales, ha señalado M. Eliade, soportaban la historia defendiéndose de ella, aboliéndola periódicamente gracias a la repetición de la cosmogonía y a la regeneración periódica del tiempo; dando a los acontecimientos históricos una significación metahistórica, que no era solo consoladora, sino también y ante todo coherente, es decir, susceptible de integrarse en un sistema bien articulado en el que el cosmos y la existencia del hombre tenían cada cual su razón de ser. Esta concepción tradicional de una defensa contra la



historia, esa manera de soportar los acontecimientos históricos, siguió dominando al mundo hasta una época muy cercana a nosotros. El cristianismo de las capas populares europeas no ha conseguido abolir ni la teoría del arquetipo, que transformaba un personaje histórico en héroe ejemplar y el acontecimiento histórico en categoría mítica, ni las teorías cíclicas y astrales, gracias a las cuales la historia y los sufrimientos provocados por la presión histórica, revestían un sentido escatológico.

El llamado sebastianismo se construiría, como no podía ser de otro modo, sobre la base cultural del momento, contando al menos, con los siguientes elementos: la mitología clásica como referente, especialmente el mito de Antinoo tamizado a su vez por la patrística, la tradición judeocristiana, fundamentalmente a través del pensamiento de Joaquín de Fiore, y las novelas de caballería, que transmitirán el mito artúrico. Permítanme detenerme en este punto, tan apasionante y tan ilustrativo, que se torna crucial para entender plenamente el suceso que nos ocupa.

Comencemos por Antinoo. Antinoo fue un joven bitinio que llegó a convertirse en favorito y amante del emperador Adriano. En el año 130 d. C., cuando sólo contaba con unos 18 años de edad, murió ahogado en el Nilo. Las causas nunca fueron esclarecidas del todo, aunque la mayoría de los indicios apuntan a que debió tratarse de un suicidio, posiblemente teñido con los ingredientes míticos y mágicos de un sacrificio para alargar la vida del emperador. Adriano se empeñó en perpetuar su memoria: en el año 132 fundó la ciudad de Antínoe, que se convirtió en una importante ciudad romana y bastión de la cultura grecolatina en Egipto; acuñó monedas con su efigie, hizo esculpir relieves, bajorrelieves y estatuas, fundó juegos y fiestas en su nombre, construyó templos, instituyó su propio culto y sus propios sacerdotes, e incluso puso su nombre a una constelación de estrellas. Hacia el año 134, tan solo cuatro desde su muerte, su culto se había extendido por todo el mundo mediterráneo y penetrado mucho más allá de las fronteras del Imperio.

En su ascenso al Olimpo, el nuevo dios fue relacionado, de un lado, con el dios egipcio Osiris, también ahogado en el Nilo y resucitado para traer fertilidad a la tierra e inaugurar así una época de seguridad; de otro,

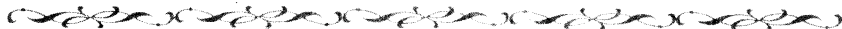


con Dionisos, su equivalente helénico, y con Hermes, que tiene el poder de rescatar a los mortales de las sombras eternas trayéndoles a una nueva vida.

La mayor oposición a la difusión del mito de Antinoo vino de los Padres de la Iglesia que no podían aceptar la comparación que se hacía entre Antínoo (joven, sacrificado y resucitado, dios de Bitinia) y Cristo (joven, sacrificado y resucitado, dios de Israel). A partir de las descripciones de Atanasio, ya a mediados del S. IV, se empieza a difundir una nueva y más depurada estética del mito -recuérdese el proceso de transformación hacia el cristianismo que se inició con motivo de la conversión del emperador Constantino en el año 314-. Ahora Adriano figura como el responsable de la depravación en la que había caído el joven Antinoo y también como el beneficiario directo de su muerte, concebida a modo de sacrificio. Por su parte, el joven bitinio aparecerá caracterizado como un esclavo, y por tanto, sometido a los designios del emperador. La idea del sacrificio y el sufrimiento encajaba mucho más con la moral cristiana del momento.

La mitificación de Antinoo estuvo sujeta a diversas interpretaciones: unos creyeron en el dolor sincero del emperador, y otros le acusaron de utilizar la figura de Antínoo en su provecho. Esta última posición se mantuvo a través de los siglos gracias a la contribución de los autores cristianos, según los cuales, Adriano decidió deificar a Antínoo fundamentalmente por razones políticas, con objeto de fortalecer el sentimiento de unidad y confianza en el Imperio.

En cuanto a la interpretación de la historia, la Edad Media esta dominada por la concepción escatológica del tiempo completada con la teoría de la ondulación cíclica. La concepción escatológica encuentra sus dos momentos esenciales en la creación y en el fin del mundo. Recordemos que para el cristianismo el tiempo es real porque tiene un sentido que es la redención. Una línea recta traza la marcha de la humanidad desde la caída inicial hasta la redención final, y el sentido de esta historia es único, puesto que la Encarnación es un hecho único. En efecto, como se insiste en la Epístola a los Hebreos (9,11-12).



*Pero presentose Cristo como sumo Sacerdote de los bienes futuros...
Y penetró en el santuario una vez para siempre...*

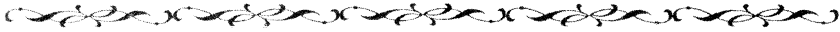
y en 1^a de Pedro (3,18)

Pues también Cristo, para llevarnos a Dios, murió una sola vez por los pecados...

Esta muerte, una vez para siempre, no es un acontecimiento repetible que pueda retomarse en cualquier ocasión. El desarrollo de la historia se ve así requerido y orientado por un hecho único, radicalmente singular y por consiguiente, tanto el destino de toda la humanidad como el destino particular de cada uno de nosotros se juega una sola vez, de una vez para siempre.

Por otro lado, la teoría de la ondulación cíclica viene a explicar el retorno periódico de los acontecimientos. San Alberto Magno, Santo Tomás, Bacon, Dante y muchos otros creen que los ciclos y las periodicidades de la historia del mundo están regidos por la influencia de los astros, sea que esta influencia obedezca a la voluntad de Dios o que se la considere como una fuerza inmanente al cosmos. Ese doble dogma dirige la especulación hasta el s. XVII, aun cuando paralelamente comienza a apuntar una teoría del progreso lineal de la historia. El germen de dicha teoría se percibe en los escritos de San Alberto Magno y de Santo Tomás, pero es sobre todo en el *Evangelio Eterno* de Joaquín de Fiore donde se presenta con toda su coherencia e integrada en una genial, a juicio de M. Eliade, escatología de la historia. Joaquín de Fiore divide la historia del mundo en tres grandes épocas, inspiradas y dominadas sucesivamente por cada una de las personas de la Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cada época nos presenta una nueva dimensión de la divinidad, y por ese hecho, permite un perfeccionamiento lineal, progresivo de la humanidad. La última fase culminará con el retorno del profeta Elías y la llegada del juicio final, alcanzando por fin la libertad espiritual absoluta.

Tanto mesianismo judeo-cristiano como joaquinismo tienen sus raíces en los textos bíblicos y en la Torá. Especialmente significativos son los profetas Amós, Oseas, Zacarías, Isaías, Ezequiel y Daniel. Este último, quizás el más importante, dado que en su libro aparecen los cinco *Imperios* o tiempos de la humanidad. Daniel dice en 7,26-27:



Pero el tribunal se sentará, y el dominio le será quitado, para ser destruido y aniquilado definitivamente. Y el reino y el imperio y la grandeza de los reinos bajo los cielos todos serán dados al pueblo de los santos del Altísimo. Reino eterno es su reino y todos los imperios le servirán y le obedecerán.

El Apocalipsis en 21, 3-5 apunta:

Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, no ha habrá llanto ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado.

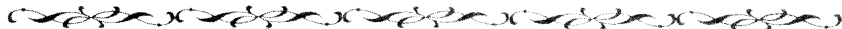
En Isaías 11, 11:

Aquel día volverá el Señor a mostrar su mano para recobrar al resto de su pueblo que haya quedado en Asur...).

se anuncia, igualmente, la señal del gran retorno: Dios volverá a reunir a todo su pueblo, por segunda vez (la primera fue a la vuelta del exilio). Esta carga simbólica de retorno, nuevo comienzo, bendición divina a través de una alianza, e inicio del nuevo estado, va a impregnar la enunciación simbólica del Encubierto, que ha de venir a liberar el reino.

De esta forma nos encontramos un mito pagano transformado en una profecía de clara orientación cristiana, en el seno de un enunciado que no lo es. Pero esto, por alejado que pueda parecer hoy de cualquier planteamiento racionalista y por excepcional que pudiera parecernos, no lo era tanto. En tierras ibéricas, los textos proféticos eran una auténtica arma de guerra, una costumbre verdaderamente instituida, como insistió L. Cardaillac, un verdadero signo de los tiempos. Pero veamos como se va construyendo la tradición mitológica que culminará en el *sebastianismo*.

El mito artúrico, las novelas de caballería y el Encubierto. El mito artúrico se remonta a antiguas leyendas celtas que hablaban de un *rey encubierto*. Su eje central es la lucha contra los invasores y la unificación del territorio. Sin embargo, la narración revela mucho más; lucha, traición, adulterio, incesto y muerte (o desaparición) anuncian el fin del mundo o la disgregación de un orden. No obstante, en el propio fin surge la esperanza del retorno. El rey volverá desde la *Isla de Avallon* para restaurar el reino.



El mito artúrico será utilizado varias veces a lo largo de la historia de Bretaña y posteriormente en Inglaterra, para tratar de asegurar la unidad territorial y la lucha contra el invasor. A lo largo del Siglo XII la historia llegará a Francia, donde va a asimilar nuevos elementos, entre ellos, el amor cortés. Desde aquí se difundirá por la Península, donde la transmisión oral irá añadiendo valores propios de las canciones de gesta y de las novelas de caballería. A lo largo del siglo XIII, indica Torres Mediani, conocerá un proceso de cristianización gracias al cual el *Graal* se transformó en el *Cáliz Sagrado*, el *Rey Arturo* será el *Encubierto* y *Galabad* simbolizará el *Deseado*, hombre perfecto y salvador.

A comienzos del XVI lo encontramos en la crisis de las Germanías en la región valenciana, ocultando su nombre y origen pero considerándose nieto de los Reyes Católicos y, sobre todo, y *predestinado para acabar con la morisma del Reino*. Volverá a surgir en Aragón y en Cataluña, en 1522, bajo el nombre de «*Bernabé, el Encubierto*», lo que llevará al Emperador Carlos V a decretar severos castigos contra los *insistentes agermanados*. Reaparecerá en el transcurso de la guerra de las Alpujarras (1568-70) para identificarse en esta ocasión con don Juan de Austria.

El Encubierto, es un enviado de Dios para remediar a los pueblos»; aparece para redimir a los derrotados de la Junta revolucionaria y para alcanzar la Ciudad Imaginada, que se revolvía contra el poder central. En este contexto y como lo fue Antinoo o lo fue Arturo, *el Encubierto* se convierte en un símbolo de retorno, de reposición. Es la creencia en la venida predestinada de una figura que altere el estado de las cosas en el sentido de los deseos e imaginarios colectivos y en contra de la dominación existente.

En torno a la década de los Treinta del siglo XVI este imaginario va a llegar a Portugal a través de las profecías de un personaje conocido como *el zapatero Bandarra*. Y vamos así reuniendo las teselas necesarias para componer el mosaico que nos ocupa. De este modo, señala A. Neves, el mito que finalmente se tornaría en sebastianismo va a encontrar el elemento que faltaba; un artesano que pusiese sobre el papel las ideas y las difundiese en un medio predispuesto a aceptarlas. Gonzalo Anes,



Bandarra, será el elemento difusor de la leyenda y el responsable de su propagación a la esfera popular.

Sus *Trovas* van a encontrar la lectura más interesada en el momento histórico que está conociendo el país. Perdida la independencia y en manos de España, se genera en tierras portuguesas una leyenda, según la cual, el rey no había muerto sino que habría de regresar bajo la forma de *el Encubierto*; inaugurando con ello una nueva época para el país y restaurando la Monarquía Universal. Estas predicciones se descubrirán en las mismas trovas que, a pesar de estar prohibidas por la Inquisición, alcanzaron una difusión considerable.

El clero regular, claramente proclive al gobierno de don Antonio, jugará un papel decisivo en la propagación de las profecías de *Bandarra*. Las prédicas «*do alto dos púlpitos*» fueran el mejor instrumento propagandístico con que se podía contar en el momento.

J. Van den Besselaar apunta que ya en las Coplas de Pedro de Frías, se habría pronosticado que *el Encubierto* portugués *traería en su nombre letra de hierro*. Para los interesados visionarios lusos será otra señal inequívoca de su identificación con don Sebastián; por asociación con el vocablo latino *servus que os romanos costumavam imprimir com um cunbo de ferro, no rosto dos escravos*. Tampoco se olvide que el nombre de pila del Rey Deseado responde a la festividad del día de su nacimiento; otro signo evidente de la conjugación de los astros a su favor.

*«La seducción representa el domino del universo simbólico,
mientras que el poder representa sólo el dominio del universo real».*
J. Baudrillard

VI. LA CONSPIRACIÓN. EL DOMINIO DEL VERBO

Una vez dibujado, aunque haya sido a grandes trazos, el contexto económico, social y político del país, las circunstancias sucesorias que se dieron; enumerados los apoyos internos con los que va a contar y esbozada la tradición mitológica sobre la que descansará la conspiración, sólo falta presentar a los personajes que la van a protagonizar.

Doña Ana de Austria, hija de don Juan de Austria y Dña. Maria de Mendoza, debió nacer entre julio y octubre de 1569. Ingresó en el Monasterio Nuestra Sra. de Gracia de Madrigal a los seis años de edad y a los 16 profesaba con el nombre de Ana de Jesús.

La muchacha era rubia, delicada de aspecto y con la tez rojiza propia de la Casa de Austria. Según parece, le faltaba el deseo de ser monja y le sobraban ganas de vivir el mundo.

Según M. Formica, existe constancia de que iba conociendo de la vida de don Sebastián e incluso estuvo al tanto de la entrevista de Guadalupe. El mismo año en que tuvo lugar la batalla de Alcazarquivir moriría su padre. Cinco años después pasaba a ser miembro de la Casa de Austria, ya



reconocida como nieta de Carlos V y por lo tanto sobrina de Felipe II. Ana de Austria sería su nombre a partir de aquel momento.

Unos meses antes de profesar se le presentó una de las pocas ocasiones que tuvo a lo largo de su vida para abandonar el cenobio. El Papa Sixto V solicitó su mano para casarla con uno de sus sobrinos. Felipe II, tal vez condicionado por la actitud antiespañola del pontífice, se la negó.

Forzada a vivir entre los muros de la clausura, solo encontrará consuelo en su padre espiritual, el sacerdote agustino Fray Miguel de los Santos. De las pláticas que el fraile le dedicó y de las habilidades místicas que en ella quiso desarrollar, del esmero con que la trató y del poder de seducción que con ella utilizó, daremos cuenta más tarde.

Gabriel de Espinosa. Desvelar la biografía del Gabriel de Espinosa sería lo mismo que desvelar la conspiración que ahora abordaremos. Sólo insistiremos en los aspectos que van a justificar su participación en la trama: hombre sin pasado conocido y, en segundo lugar, que diciendo ser bajo y vil manifiesta una educación y unos modales impropios de semejante condición.

Fray Miguel de los Santos. Fraile agustino que llegó a ser provincial de su orden, fiel a la causa nacionalista y partidario de don Antonio. Quedó excluido del *Perdón General* hecho público el 18 de abril durante la celebración de las cortes de Tomar. Destacó, lo veremos a continuación, en el conocimiento de la tradición cultural peninsular y, muy especialmente, en el dominio del verbo.

Conviene ahora, queridos amigos, apartar teorías, fechas, economías, políticas, etc. y entregarnos al arte de la seducción y el encantamiento, al dominio de la palabra. Llegó el momento ya de desvelar los detalles del delito que cometió Espinosa y de la trama urdida por fray Miguel.

A últimos de septiembre de 1594 llegó a Valladolid un hombre llamado Gabriel de Espinosa *con hábito y traje de hombre común*. Acertó en este tiempo a trabar cierta amistad con una mujercilla, la cual, viendo un día una ricas piezas que este hombre llevaba, sospechando que eran hurtadas y temiendo le sucediese a ella algún daño por callar, fue a dar parte de ello a don Rodrigo de Santillán, alcalde del crimen. El alcalde aquella misma noche sale en su busca por todas las posadas de Valladolid hasta que acaso a la una de la noche le dio alcance entrando en la posada donde estaba ya acostado. Sintiendo el hombre que había Justicia en su casa, se alborotó y subiendo el alcalde al aposento donde estaba le encontró con una camisa de una muy fina de Holanda y con sus cuellos y puños pegados al uso de hombre más que ordinario, y unos zaragüelles de la misma Holanda con sus borceguíes. Mientras se acababa de vestir buscó y encontró las joyas el alcalde: un vaso de unicornio, un librillo de oro, un anillo de oro con una rica piedra esculpido en ella un retrato del Rey, muy a lo vivo, unas muy ricas imágenes de cabecera y una piedra bezar grande engarzada en oro y un reloj de pecho muy bueno. Preguntó el alcalde al dicho que quien era y como se llamaba. Respondió: soy pastelero en Madrigal y me llamo Gabriel de Espinosa. Le volvió a preguntar que de donde traía aquellas piezas, respondió que la señora doña Ana de Austria, del monasterio de Santa María la Real, monja en Madrigal, se las había dado para que las vendiese en aquel pueblo. Amenazándole entonces con tormento si no declaraba la verdad le llevó preso. Una vez allí, despachó un mensajero a la señora doña Ana de Austria, dando cuenta de lo que había pasado y de lo que el preso ha había dicho. También tuvo él inteligencia para despachar en secreto un mensajero, con el que dió aviso de todo lo que se había de hacer. Doña Ana, escribió al alcalde que era mucha verdad



lo que el preso le había dicho y que al punto le diese libertad. Entretanto, llegaron a manos del Alcalde un pliego de cartas que doña Ana de Austria y fray Miguel de los Santos enviaban al dicho Gabriel de Espinosa.

Pronto llegó orden del Rey de que se tuviese al preso a buen recaudo y prendiese luego a la señora doña Ana, para lo cual le pareció escribir una carta de su misma letra y firmada de su Real nombre en que le decía: «Iréis a Madrigal y entrareis en un monasterio de monjas que hay en aquel lugar y visitaréis y haréis escrutinio de la persona y celda de Ana de Jesús, que dicen ser hija de nuestro hermano Juan de Austria. Lo hizo así y prendió a ella, a algunas personas más y al vicario de dicho monasterio que era un fraile portugués, agustino, hombre de grandes partes y de los de mayor autoridad que había en Portugal. Fue predicador del rey don Sebastián y confesor de don Antonio, el Prior de Crato, a quien quería entrañablemente. Y por haberle mostrado gran apoyo en tiempo de la guerra de Portugal le había mandado S.M. traer preso a Castilla. Al cabo de mucho tiempo, mostrando él arrepentimiento y queriendo S.M. ganar su confianza, mandó le hiciesen vicario de dicho monasterio y confesor de la Señora doña Ana, como lo fue algunos años.

Se desplazó el alcalde a Madrigal, a casa del pastelero, y apenas si encontró allí señal de oficio; sólo el horno y alguna pala, que todo lo demás había desaparecido. Unos días después trajeron el preso de Valladolid a Medina del Campo, por ser un pueblo donde estaría bien guardado y permitiría hacer las diligencias con mayor facilidad al estar cerca de Madrigal. De las averiguaciones que hizo encontró que el pastelero había hecho antes el mismo oficio en Nava del Rey, que es un lugar a tres leguas de Madrigal, donde decían los labradores había hecho el oficio como muy mal pastelero y muy poco codicioso dando por medio lo que valía más de un real. Y a los tres o cuatro meses se pasó a Madrigal para hacer el mismo oficio. Su ocupación ordinaria no era de hacer pasteles, aunque él por disimulación los hacía alguna vez, sino que en levantándose, que era bien tarde, se iba al dicho monasterio a oír misa, aguardándole Fray Miguel para decirsela y juntos iban al lo-



cutorio, donde los aguardaba la señora doña Ana. Allí se estaban hasta comer, a lo menos el pastelero, el cual muy a menudo se iba a comer con el fraile y era bien regalado y acabada la comida volvía a la misma conversación, la cual duraba hasta la noche. Y en todo esto hubo particular frecuencia unos días antes de la prisión. Se averiguó también que en este tiempo, e incluso años atrás, había venido gente de Portugal; unos a verse y hablarse con Fray Miguel y a la señora doña Ana, y otros a hablar al pastelero. Entre ellos testificó el Ama del Pastelero haber visto tres personas muy bien puestas y bien tratadas y con cadenas de oro, los cuales entraron en casa del pastelero y le abrazaron y sin hablar palabra dieron muestra de gran sentimiento con lagrimas y suspiros, y apartándose donde ella ni nadie los pudiese oír, hablaron grandes ratos. Y al anochecer se despidieron con abundancia de lágrimas. Y todo indicaba que había allí mucho más que desde fuera parecía.

Se tomó confesión en este tiempo al fraile y a la señora doña Ana, y se dio orden para que el nuncio de Su Santidad enviase un comisario y juez apostólico para poder apretar y compeler a todas las personas eclesiásticas. El comisario sería el doctor Juan de Llanos Valdés, capellán de S.M. y comisario del Santo Oficio, el cual era ahora maestra-cuela de Salamanca y gran juez, lo cual convenía para negocio tan grave como éste. Cuando llegó, el alcalde Santillán ya había tomado la primera y segunda confesión a doña Ana y al vicario. Lo que ambos declararon diremos en los capítulos siguientes.

Desde el momento en que prendieron a Gabriel de Espinosa, dio fray Miguel en decir que era el rey don Sebastián y esto aseguró tanto en su primera como en su segunda confesión, para lo que decía tener grandes fundamentos:

- El primero, que el día de las honras que se hicieron en Belén, no encomendaron a los religiosos ni religiones misas por su alma, como se suele hacer siempre en Portugal por los reyes y príncipes muertos.
- El segundo, que estando prevenido para predicar las honras del dicho Rey se llegó a él un hidalgo portugués, para avisarle que



mirase bien lo que decía en el sermón, porque le juraba por los santos evangelios que el rey había de estar presente y oírlo. Dos días después volvió a verle para asegurarle que el rey había estado presente y había oído su sermón. Y en este mismo tiempo se decía por Lisboa que el rey don Sebastián, después de la batalla, había estado en un monasterio de descalzos en el cabo San Vicente y que allí había confesado y comulgado con todos aquellos frailes.

- El tercero, que un fraile de su orden le dijo que el rey don Sebastián había estado en un monasterio de cartujos, cerca de Badajoz, y que la tierra se alborotaba de ver la mucha y diversidad de caza que llevaban, no comiendo los monjes carne. Todo esto argüía estar allí el rey don Sebastián.
- El cuarto, que después de la batalla se decía publicamente por Lisboa, que doña Francisca Calva, mujer de Cristóbal de Távora, enviaba una acémila cargada de ropa blanca y comida al monasterio de los descalzos de Caporica y que era para el rey don Sebastián.
- El quinto, que don Diego de Soussa, general de la Armada del rey don Sebastián cuando fue a África, se levantó con toda la flota el mismo día que se dio la batalla y se vino a Lisboa, lo cual no hiciera un capitán tan principal y tan cuerdo, dejando a su Rey en tierras de enemigos. Viene a confirmar este hecho, lo que publicamente se dijo, que aquel mismo día, a boca de noche con una acha o dos, se embarcaron tres hombres embozados en la capitana y luego el general mandó dar a la vela diciendo todos que uno de estos hombres era el rey don Sebastián.
- El sexto, que oyó decir a personas fidedignas que un soldado había jurado al rey don Enrique que él mismo dió de beber al rey don Sebastián con una bota de agua y que esto fue muy lejos de donde se dio la infeliz batalla.
- El séptimo, que estando el dicho fray Miguel en Castilblanco, en un monasterio de franciscos, le dijeron que se les había muerto



un fraile y declarado a la hora de su muerte que él había confesado al rey don Sebastián algunos años después de la batalla, y que tenía por muy cierto que era vivo.

- El octavo, que hace dos años vino a Madrigal un soldado que estuvo en la batalla, y preguntado que fue del rey don Sebastián respondió que había ido con otros cautivos, que no estaba muerto y que cerca de Arnilla se había embarcado con dos o tres hombres y lo recogió la flota.

Continuó declarando fray Miguel que, deseoso de salir de esta duda, hizo muchas oraciones a N. S. particularmente de un año a esta parte, tomando para este intento tres disciplinas cada semana, ayunos y limosnas; y siempre, en el momento de la consagración, se le representaba su propia figura, armada toda salvo la cabeza e hincado de rodillas delante de un crucifijo grande con un hasta pequeña en la mano y un estandarte verde con ella, y una cruz de una parte pintada y de la otra una imagen de Nuestra Señora y que Nuestro Señor le quería para ir contra la secta de Mahoma y la conquista de Tierra Santa. Y al cabo de este año vino Gabriel de Espinosa en traje y oficio de pastelero a Madrigal, y por lo que vio en él y las cosas que le dijo, comprendió que Nuestro Señor le había cumplido sus deseos y que aquel era el rey don Sebastián. Lo cual confirmó, primero, por parecersele mucho en el talle y figura del cuerpo y el color del cabello, que era rubio, y en el modo de hablar y de andar que andaba de lado. Y reparando más y con mayor atención en las facciones de su rostro lo fue reconociendo y vio que tenía los ojos azules como el Rey y las cejas, cabello, boca y todo de la misma manera. Y con esto se confirmó que era él. Y se aseguró aún más otro día, al ver a la hija que tenía de dos años, y viendo que tenía el labio caído, como el Rey Nuestro Señor y los ojos semejantes a los de S.M. y lo mismo la frente y cabeza, que le parecía mucho a la casta real, mayormente viendo la gravedad en el mirar de la niña. Y lo último que le hizo desaparecer toda duda fue oírle referir cosas que ningún otro podía saberlas sino el propio Rey.

Preguntado sobre qué motivos pudo tener el rey don Sebastián de haber querido andar tanto tiempo encubierto en tan extraño traje. Dijo



que dos: el primero por haber quedado corrido después de la batalla, por haberla dado con solo su parecer contra el de todos, que quiso ser más tenido por muerto que darse a conocer por entonces. El segundo, porque decía que escapando de la batalla, hizo un voto de peregrinar por el mundo en hábito y figura de hombre bajo, haciendo penitencia del general daño que por su culpa había venido a todo su Reino.

Le preguntó últimamente como podía persuadirse de que este hombre fuese don Sebastián, teniendo tan diferenciada edad de la que el Rey podía tener. Según las muestras del rostro y según lo que el mismo Espinosa había dicho, que tenía 50, no pudiendo tener el rey don Sebastián si viviera ahora, mas de 41. Respondía que las muestras del rostro las atribuía a los trabajos que había pasado, los cuales a veces envejecen más que los años; y que el mismo hombre le confesó que una noche de una tribulación grande había encanecido mucho.

Por su parte, doña Ana, en su primera confesión no quiso sino declarar más que aquel era un hombre a quien por su diligencia e inteligencia encomendaba cosas de su servicio, pero viendo después que era voluntad de S.M. que se declarase con don Rodrigo de Santillán a solas y sin escribano, lo hizo así y dijo lo mismo que Fray Miguel de los Santos; que aquel hombre era el rey don Sebastián, su primo. Los motivos que dijo había tenido para persuadirse, fueron todos los que fray Miguel refirió, porque todos se los había dicho él a esta pobre Señora para engañarla y salir con el intento. Pero de todos, ninguno le hizo tanta fuerza como la autoridad de fray Miguel de los Santos, que se decía no había en Portugal persona tan religiosa, ni tan señalada en prudencia y santidad; lo cual mostraba también en Madrigal, tanto que de ninguna manera podía presumirse quisiera cometer tan enorme delito. Y le ayudó mucho el ver que había tantos años que la tenía prevenida de que el Rey, su primo, era vivo y que andaba encubierto en traje de humilde, y otras veces contaba revelaciones que sobre esto Nuestro Señor le daba en la oración. Y tanto hacia añadiéndole y persuadiéndola que si Dios la guardaba y restituía con su estado alcanzarían dispensación del Papa y se casaría con ella, por no haber otra persona con quién en España. Con todo esto le hizo que hiciese continuas oracio-

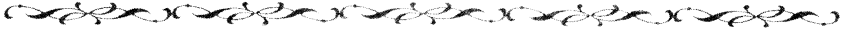


nes y plegarias, y que pusiese delante del Santísimo Sacramento una lámpara que siempre ardiese, tanto de día como de noche, por la vida del rey don Sebastián. Llegó a tanto la persuasión que tenía de que el rey don Sebastián vivía, que en una vidriera de un retrato suyo tenía pintado un corazón atravesado con una saeta y una S a un lado y un corazón encima con un rotulo que decía quod scripsi. Y que un día, estando presente el dicho Espinosa, me dijo había visto una mano de nuestro señor Jesucristo que ponía el dedo sobre la cabeza del dicho hombre y le decía que aquel era el rey.

Y siendo preguntada qué le movió a hacer estas cosas por el rey don Sebastián, dijo que dos. La primera, por que la princesa doña Juana, Madre del rey don Sebastián, y el señor don Juan de Austria, su padre, se habían querido mucho, y sido grandes hermanos, y esto la bastaba a ella para tener en lugar de hermano y más que hermano al rey don Sebastián. La segunda, que era una gran lástima y compasión que tenía de ver que un principal, y al fin era su sangre y su primo hermano, anduviese en tan miserable estado y sujeto a tantos peligros y trabajos de los cuales si con la sangre de sus venas la pudiera librar la diera.

Adviértase en esto que la trama que llevamos contada no se la comunicó a doña Ana uno cualquiera, sino aquel al que tenía por padre espiritual, que para su descanso y confianza de su alma se lo habían dado. Que esto hace que sean tan grandes los motivos y fundamentos que esta señora tuvo para ser engañada.

Persuadida pues y toda resuelta en que Espinosa fuese don Sebastián le mandó a llamar diciendo que le quería hablar a la reja delante de Fray Miguel. Bien prevenido de cuanto debía hacer y decir, hincó las rodilla como quien fingía rusticidad y dijo: qué manda S.E. Y preguntándole si era él Gabriel de Espinosa, el pastelero que había venido al lugar, dijo: yo soy, a mandado de V.E. Continuó la señora doña Ana: yo querría darle algún cargo en este pueblo con que se entretuviese, que no querría que saliese de él tan presto; (y esto tenía tratado el fraile con ella, que le podría entretener haciendo oficio de



cirujano de que entendía algo) a lo cual Espinosa respondió: ¿carga señora? Tengo muy malos los hombros para cargas, que no nací para ganapan, y riendo todos el dicho, le declaró mas sus intentos la señora doña Ana.

Con estas y otras razones persuadieron a doña Aña y a él le pareció que era ya tiempo de representar su persona real. Lo supo hacer también que si acaso existiese alguna duda, después del trabajo de fray Miguel, todas las quitara; porque desde aquel día se comenzó a tratar con extraña majestad y grandeza, refiriendo cosas que le habían pasado y de las que ya tenía noticias doña Ana por relación de fray Miguel. Con semejantes inventos tenían embobada a esta pobre señora que se deshacía de sus joyas y perlas para componer a la niña y enriquecer al padre.

Se le iba tomando en este tiempo la confesión a Gabriel de Espinosa, la cual se hacía de noche porque de día no gustaba que le viesan, ni aunque le acercasen la cruz, y las pocas veces que entraban a verle siempre se ponía de manera que no le pudiesen divisar el rostro. Desde el principio dijo que era hombre muy bajo y común pastelero de oficio, a quien la señora doña Ana empleaba en cosas tocantes a su servicio, pero juntamente con esto decía unas palabras tan preñadas y hablaba con tanta grandeza, que ponía admiración tanto a los jueces como a todos los demás. Y le oían algunas veces decir de qué sirve preguntarme quien soy; el Rey me conoce muy bien y sabe quien soy, si no envíen quien me conozca, que muchos hay y a su lado los tiene. Finalmente su modo de hablar y de tratar a los demás, la agudeza de su entendimiento y la conexión en las cosas que decía, sin poderle coger jamás en contradicción, daban a entender que era hombre mas que ordinario; tanto que los mismos jueces aun tuvieron algún temor de ello. Más aún después de que un gran astrólogo, que vino a Medina del Campo, habiéndole tomado el nacimiento, dijera, que o todas las reglas de astrología faltaban, o, aquel era un gran príncipe.

Finalmente en la última confesión que se le tomó en Medina, apretándole con razones y con cartas de la señora doña Ana, alcanzó a confesar que era hombre vil y bajo, aunque no conocía padre ni madre



y que era pastelero de oficio, que se había fingido ser el Rey don Sebastián para engañar a la señora doña Ana de Austria y a fray Miguel de los Santos y ser servido, regalado y enriquecido de ellos. Y esta confesión quiso el alcalde que se hiciese en público, pero no habían acabado de hacerla cuando riéndose dijo: buen recado llevan, que menos saben ahora de la verdad que antes. El tiempo lo descubrirá y dirá quien soy.

Para que no faltara nada en la trama y complicar aún más las labores del alcalde Santillán, empezó a recibir anónimos en el patio de su casa. Bajo la amenaza de dar traslado a S.M. de algunas informaciones, le instaban a poner mucho cuidado en el negocio y a consultar con personas graves, que así el intento lo requería. Recibidos los últimos se prendieron a algunas personas por sospechosas; entre otras, un mancebo que había sido paje de don Antonio; otro en Olmedo, con hábito de fraile trinitario, aunque confesó ser hombre seglar y soldado francés, que había sido bandolero en Cataluña y se encontraba en ayuda y defensa de Antonio Pérez, cuando le quitaron de las manos la justicia en Zaragoza. El tercero fue un sacerdote portugués con dos criados.

Una de las noches de interrogatorio se ofreció una particularidad que el dicho alcalde advirtió. Estaba Espinosa cercado por entrambos lados con las luces y como la barba había ido creciendo en la cárcel y no tenía aparejo para disfrazársela, se descubrían las raíces de los pelos de diferente color del que antes tenía. Y esta debía de ser la razón, por la que siempre, mayormente de día, procuraba hurtar el rostro, escondiéndose de manera que nadie pudiese divisarle bien y por la que rehusó tanto tiempo quitarse la barba. Descubierta la celada, le fue forzoso permitirlo y quedó todo cano y de aspecto de mas de cincuenta años y aún a mi parecer sesenta.

Mientras don Rodrigo de Santillán hacia las diligencias que ya hemos dicho en Medina del Campo, el doctor Llanos iba haciendo las suyas en Madrigal. Sin perder punto iba tomando dichos a personas eclesiásticas, especialmente a la señora doña Ana, de quien nunca podía sacar otra cosa sino que aquel hombre era el rey don Sebastián; y pedía con insistencia se le pusiesen delante. Yo le conozco, decía, y



sé el valor de su pecho y persona, y quien con tanta generosidad de ánimo ha despreciado un Reino entero pasando sin él tantos años no rehusará darla ahora y pasar cualquier tormento por pasar adelante con su disimulación y que nadie pueda decir haberle visto en tan vil traje y figura ni que el temor le había hecho rendirse. Por eso deseo tanto verme con él y en su presencia y en la de Vm. y ponerle delante los ojos, lo mucho que los míos por su causa y respeto tienen y tendrán que lloran toda la vida.

Estando las cosas en este estado vino licencia de S.M. para apretar y dar tormento a fray Miguel y a Espinosa. Así lo hicieron, sacándole de noche de Madrigal, poniéndole en un macho con dos pares de grillos, con lo cual y buenas guardias comenzó a caminar y lamentar su suerte; algunas veces dando a entender había de ser ajusticiado, y otras dando muestras de tener grandes esperanzas en que a su persona no la habrían de tocar; otras decía que si piensan que de mí se ha de sacar cosa mas de lo que tengo dicho, no me conocen. Todo eran preñeces y solo respondía que el tiempo lo descubriría todo.

Llegados los verdugos, que de fuera habían venido, comenzaron por Fray Miguel de los Santos, poniéndole delante el potro y los demás instrumentos y amonestándole que sin necesidad de llegar a usarlos deslindase y declarase. En efecto, lo que no pudieron sacar del fraile los juramentos, lo vinieron a sacar los cordeles. Tomando su declaración desde el principio dijo lo siguiente: que nunca había podido tragar que su nación estuviese en poder de quien estaba, y que siempre había andado maquinando de cómo sacársela de las manos y ponerle en las de don Antonio, para lo cual había intentado diversos modos, y la que últimamente se resolvió fue buscar un hombre astuto y sagaz, que quisiese y supiese fingirse el rey don Sebastián, dándole él traza y modo como pudiese salir con ello, que la afición de los suyos a tener rey era grande, y que con su autoridad y con pocas señas que el hombre fingiese, podía persuadir a que lo creyesen, haciéndosele cosa muy fácil el camino necesario al rey nuestro señor, que de fuerza o de grado hiciese dejación del Reino. Y hecho esto y puesto el que le tomase en pacífica posesión podían matarle secretamente y entrar don Antonio en su



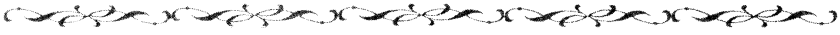
lugar. Con estos pensamientos había andado once años maquinando y para mejor salir con su intento, repetía en muchas partes y muy a menudo, que el rey don Sebastián era vivo, fingiendo cuentos y cosas que después de la batalla, le habían sucedido. Muy especialmente había inclinado en esto a la señora doña Ana de Austria, con quien pensaba casar al personaje que fingiese ser el rey don Sebastián, porque este casamiento y la autoridad de la señora doña Ana sería una de las cosas que más persuadiese al mundo. Urdida pues esta trama, solo faltaba encontrar la persona que para ello convenía. Y de muchas en que puso los ojos ninguna le satisfizo hasta que topó con Gabriel de Espinosa, que acaso había venido a ser pastelero en Madrigal y de quien el tenía bastante noticia por haberle conocido soldado en Portugal. Por lo que entonces vio en él, y mucho más por las conversaciones que con él tuvo después, determinó darle parte llamándole un día. Y por lo que dijo Espinosa, no entró diciéndole que parecía, sino que era don Sebastián, y tratándole como a tal y quejándose de quererse encubrir tanto tiempo; con lo cual astutamente le persuadió a que se parecía al rey don Sebastián y le dio el ánimo para atreverse a cosa que de por sí parecía tan descaminada. Pareciéndole que el negocio iba guiado de tal manera por fray Miguel, que podía él jugar seguro, poniéndose a ganar un reino sin peligro de perder nada. También le persuadió fray Miguel de los apoyos que habría que conseguir: primero en Francia y el principal de don Antonio, asimismo de Antonio Pérez, y los dos Baldomar, por lo cual toda Francia clamaría que era el rey don Sebastián y con eso y con los que en Portugal estarían prevenidos y persuadidos no habría quien dudase.

Todas estas y otras razones le supo muy bien ponderar a Espinosa Fray Miguel y le añadió que él sabía muchas cosas particulares que habían acontecido al rey don Sebastián de las cuales le iría dando entera y menuda noticia, para que hablando él como de cosa propia suya todos se persuadiesen que lo eran. Y empezaron el engaño, como lo tenían trazado, por la señora doña Ana, por tenerla fray Miguel, varios años antes, prevenida de que era vivo el rey don Sebastián, meses o a lo menos semanas antes de que estaba en Madrigal y día antes que era



Gabriel de Espinosa. Y como lo trazaron y juzgaron así, les sucedió que la señora doña Ana no dudó de creer cuanto le decía. Como le había salido tan bien a fray Miguel el primer tiro con Espinosa y a ambos este segundo con la señora doña Ana, trató de seguir con su invención dando aviso de todo lo sucedido a don Antonio, que a la sazón estaba en Francia, descubriéndole todo su intento y pisándole muy bien el camino que se le abría para recuperar el Reino de Portugal; pidiéndole se disfrazase y con el secreto posible se llegase a Madrigal para que de palabra pudiesen tratar y concertar todo lo que convenía hacer.

Y supo pintárselo tan bien, que le hizo poner en camino tan largo y tan peligroso y entrarse por medio de Castilla, hasta venir a dar en Madrigal, donde entró de noche con otros cuatro caballeros conocidos de fray Miguel. Resolvieron que los tres caballeros se volvieresen y al amanecer del día siguiente se fuesen derechos a casa de Espinosa, diciéndole que eran unos caballeros portugueses que llamados de fray Miguel venían a reconocer a su Rey y Señor. Haciendo demostración de lágrimas y manifestando sus sentimientos por verle en aquel estado y ofreciendo vidas y haciendas hasta ponerle en el suyo asegurando que lo mismo haría todo Portugal. Con lo cual el pobre hombre acabó de desvanecerse y arrojarse a tan desatinada empresa. Se volvieron luego a su reino con don Antonio a ejecutar la concertado con fray Miguel, que fue ir de secreto persuadiendo a la gente principal de Portugal, que el rey don Sebastián era vivo y estaba en Madrigal, y que ellos le habían visto y concertado con él el modo que habían de tener para recuperar el Reino, exhortándoles a que estuviesen a punto para que a su tiempo clamasen por su Rey. Unos creyeron y aguardaban ocasión, otros más cuerdos, enviaron a Madrigal personas que conocían muy bien al rey don Sebastián para que le reconociesen. Pero todos los que venían traían dirección de hablar primero a fray Miguel, para que les enseñase y pusiese con él. Este tenía tanta astucia que sabía deslumbrarlos. De esta forma estaba ya asentado en los ánimos de mucha gente y señores de Portugal que este hombre era su Rey y en el de fray Miguel y de Espinosa pasar adelante con la trama. El paso siguiente fue concertar la jornada para Francia. A la vuelta mudaría traje y oficio,



que sería el de cirujano que así lo había conseguido doña Ana, en el que entretenerse hasta el momento oportuno. Al mismo tiempo la persuadieron a que hiciese su romería al crucifijo de Burgos con la determinación de llevarla desde allí, sin que ella lo entendiese, a Francia y necesitarla a que casase con el fingido Rey. Con Esto daría color a su mentira y fingimiento y para que Gabriel de Espinosa tuviese ya allanado el camino en Francia, cuando llegase el negocio. Concertadas las cosas de esta manera se despidió Espinosa de la señora doña Ana y de fray Miguel con muchas lágrimas y muestras de sentimiento y dio principio a su jornada. Se llevó consigo un paje al que había oído muchas veces contar aquel romance de la batalla de África y llegando a aquella parte y paso que dice como fue desbaratado, desecho y perdido el ejército del rey don Sebastián y que de él no se supo lo que fue, daba muchos suspiros rompiéndolo muchas veces hasta llegar a Valladolid donde sucedió lo que arriba está referido de la prisión de Espinosa y ocasión de ella.

Viendo los jueces cuanto más habían sacado los tormentos de fray Miguel, determinaron dárselos a Espinosa, por ver si confirmaba los dichos. Intentándolo, no fue menester apretar los cordeles tanto como al fraile, que a pocas vueltas dijo todo lo que fray Miguel declaró, tocante a la maraña que estaba urdida hasta ponerle a él en posesión del Reino de Portugal; que de su muerte y el entrar don Antonio en su lugar, ni sabía ni imaginaba cosa alguna. Así que quitado lo que a este punto toca en que Espinosa no entraba ni salía, convinieron él y fray Miguel en sus confesiones de manera que parecía que hablaban por una sola boca. Lo mismo decía también el ama y dándole tormento declaró que no sabía más que este hombre le había traído consigo aquel tiempo, haciendo oficio de pastelero en diversas partes de Portugal. Pero que siempre le decía: si tu supieses quien soy y yo pudiese llevarte a mi casa de Castilla, por dichosa te tendrías. Pero no salí yo de Castilla de manera que pueda volver a ella al descubierto, lo cual junto con ver que de cuando en cuando le venían cantidades de dinero, la tenía persuadida a que era hombre principal y que sus deudos, en secreto, le ayuda-



ban con aquellos dineros, aunque por no venir todas las veces tan a tiempo le era forzoso el buscar de cuando en cuando aquel oficio.

Declarada ya toda la maraña por confesión de fray Miguel y Espinosa, fueron los jueces a dar noticia de todo a la señora doña Ana; para que con la evidencia del engaño que le habían hecho, acabase de salir del que tenía asentado en su corazón. Pero como el engaño tenía tan hondas raíces, no fue pequeña la dificultad que hubo para sacarle de él y por más que le decían y le mostraban firma de fray Miguel, siempre recelaba de que era fingida o sacada con violencia, pareciéndole cosa imposible haber podido urdir el mismo demonio tantas cosas como se juntaron para hacerla creer lo que creyó. Pero al fin pudo más la verdad y quedó como atónita y pasmada por un gran rato por el grande sentimiento que esta novedad le causó, y las cosas que de repente se le debieron poner delante; volvió después con grandes suspiros y lágrimas que al más duro corazón enternecieran.

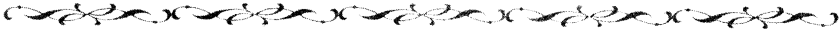
Concluidas las confesiones y convencidos todos los culpados de sus delitos, que se halló ser muy diferente en unos que en otros, se procedió a dictar sentencia. A doña Ana de Austria se le notificó el viernes 21 de julio de 1595 y fue del tenor siguiente: se le condena a que salga del monasterio de Nuestra Señora de Gracia la Real y en el que se le señalare, estará recluida en su celda por tiempo de cuatro años, sin que pueda salir de ella mas que a oír misa los días de fiesta. Y así mismo la condenamos a que todos los viernes de los dichos cuatro años ayune a pan y agua; a que perpetuamente no pueda ser prelada en ninguno monasterio donde estuviere, ni la pueda servir ninguna monja de él, ni otra persona. Y así mismo la condenamos a que sea tratada en todo y por todo como una monja particular.

Vinieron también dos presos que trajeron de Portugal. Tenía ya Espinosa alguna noticia de su sentencia y de que venía confirmada de Madrid. Le causó no pequeño sobresalto, aunque no acababa de creerlo porque aún no se la habían comunicado, ya que estaban a la espera de que llegasen algunas personas religiosas que habían enviado a llamar a Medina del Campo.



Llegó pues un padre de la Compañía muy grave y muy docto a disponer a Espinosa y así lo hizo. Y esto fue viernes por la mañana a 28 de julio de 1595. Entró el padre donde estaba Espinosa, el cual luego se alborotó diciendo esto es hecho. El padre le procuró sosegar y con buenas razones le persuadía que lo que hacia al caso era disponerse para la muerte, pues le quedaba muy poco de vida... y que la sentencia, por lo que le habían dicho era arrastrar, ahorcar y descuartizar; ha de ser el martes que viene y ejecutarse aquí en Madrigal. ¿Que culpable han hallado en mi para que merezca esa pena? y ¿qué más se pudiera hacer conmigo? y el ser en Madrigal me atraviesa el corazón, porque sé que se lo ha de atravesar a aquella pobre señora, sola y desconsolada, que no lo pecó. Al rato se allanó y dijo que quería tratar de confesarse; pero aunque de presente se reportaba y parecía compungirse, al poco tiempo se olvidaba y volvía a hablar otras tales palabras y razones y así le aconteció esta vez; porque a pocas razones volvió diciendo de su persona y calidad, con más preñeces que nunca, quejándose del Rey porque nunca le había enviado a conocer y diciendo: yo no nací para rey o príncipe, sino para más que Emperador.

El martes por la mañana, con la fama que por toda España estaba divulgada de que en tal día se hacía justicia del fingido rey don Sebastián de Portugal, acudió gran concurso de gente a Madrigal. Fueron también dos padres de la Compañía de Medina del Campo a consolar al fingido rey. Le hallaron con ropilla de terciopelo muy pulido y una media de aguja de seda muy estirada y él con muy buen semblante y tan buena conversación como si nada había de pasar. Se apartaron con él los dos padres de la Compañía y un padre Descalzo. Después de algunas razones y cortesías que tuvo, por ser el mejor cortesano y mas bien hablado que hubiese en estos días en toda España, y aun estaba por afirmar en toda Europa, con la mucha gravedad que representaba, buena presencia y buen talle, aquel mirar tan de príncipe con sus ojos azules, su barba tan bien puesta y venerable llena de canas, que todo esto lo sabía él bien representar y fingir, empezó a descubrir el pensamiento y disposición que quisiera, diciendo que quería hablar con el padre de la Compañía un rato a solas y comunicar con él algunas cosas. Y sa-



liendo los demás dijo, ¿qué se dice allá de mi y de este negocio? No cuide de eso ahora le dijo el padre, que no es tiempo sino de llorar sus pecados y pedir perdón a Dios. Ya lo he hecho, dijo el preso, todos estos días y confío en su infinita bondad que me los tiene que perdonar. Lo mismo confío yo, dijo el padre, pero no por eso han de dejar de llorarse hasta la muerte que por uno que hubiera había que llorar mil años y más siendo tan corto el plazo y el perdón dudoso, que cosa que tanto va y tanto importa, es menester asegurarla más y con la buena ocasión que tiene puede satisfacer y merecer mucho mas delante de Dios, abrazando de buena gana y ofreciendo de buena voluntad esta muerte y deshonra en recompensa de sus culpas. A padre mío, dijo él, que mis culpas son muchas y muy enormes y esto y más merecen, mas la que en este caso tengo, no es la que se piensa ni merece este castigo, ni aun se atrevieran a dármele si supieran... Y se quedó allí, con gran ponderación y sentimiento. El padre, aunque le entendió porque sabía ya sus preñeces, por mejor volver sobre él y afearle aquel modo de hablar, le preguntó que había de saber qué. Dijo el con gran cólera, ya saben por ventura quien yo soy, piensan que nací en las malas. Pensar nos, a lo menos dijo el padre, que fuisteis hallado a la puerta de la iglesia de Toledo, repitiendo él sonriendose dijo, más me espanto, que gente de entendimiento se persuada de eso. Persuadímonos, dijo el padre, a lo que vos habéis confesado y no os tengo yo por tan disparatado y enemigo de vos mismo, que si otra cosa fuera que os pudiera quitar o aliviar las penas no la dijeras. Al fin dijo Espinosa, en eso no he de decir nada mas de lo dicho, y es porque yo me lo se y gente tan cuerda no ha de sacar quien soy, de mis dichos y confesiones, sino de mis cosas y de mis hechos. Son por ventura, dijo con extraño brío, losas las mías de hombre bajo y haber de ser yo tan desatinado, que emprenda yo cosa tan grande, tan sin fundamento como dicen. Mi muerte descubrirá quien yo soy y lo que en esto hay. Y lo que yo siento mas que mi muerte es el daño que de ella se ha de seguir, porque con ella clamarán los que ahora callan y están a la mira, y no fuera mucho que en diez meses que ha que estoy preso hubiera enviado el rey don Felipe quien me conociera habiéndolo yo pedido tantas veces, o que de lo



mucho que se ha gastado con este negocio, gastara algo en saber este punto. Muy bueno sería, dijo el padre, que andara a buscar los padres de quien decía había sido echado a la piedra de Toledo. Quisiera el Rey, dijo Espinosa, que aunque fuera echado a la puerta del infierno y fuera hijo de Satanás, lo sacaría de rastro. Entonces el padre lo reprimió, diciéndole que ni él ni nadie en el mundo se persuadiera que era otro del que había confesado; que no se cansase en esto, que era grande desatino, querer por un poco de vanidad ser tenido por quien no era, y en seis horas que le quedaban de vida poner en peligro su salvación olvidándose tanto de ella gastando aquel breve tiempo en pláticas tan impertinentes y vanas de tan poco fruto para el alma, que cuando fuera verdad lo que decía y él fuera el rey don Sebastián o don Antonio o quien se hacia, ni se lo habían de creer ni era razón. Pues asentemos de una vez dijo el padre, que no hay mas que decir de lo dicho, y si lo hay no se ha de decir, y que supuesto lo dicho y declarada la sentencia es justísima, y el castigo menor que el delito merecía por ser una tan calificada traición contra la Magestad Real y cesen ya del todo las quejas y acaben estas preñeces, que no sirven ni han de servir, sino de entretener y gastar el poco tiempo que nos queda para procurar algún descanso de los muchos cargos, que todo el discurso de la vida pasada dentro de pocas horas os han de hacer delante del tribunal de Dios. Sea en buena hora, dijo Espinosa, no hablemos palabra de esto, aunque es muy dificultoso, que lo que está en el corazón no salga por la boca. Y con esto se despidió el padre de él, no muy contento ni persuadido, el negocio iba de veras y que su muerte era cierta para aquel día. Temiendo que quizás con aquella engañosa persuasión, que sanaría o que se libraría de esta con que Satanás le tenia embelesado, no habría hecho la confesión como convenía librando el hacerla para el pie de la horca. Se fueron los padres al alcalde y le significaron el descontento y temor que tenían diciendo que era menester tomar algún buen medio para que aquel hombre acabase de saber y entender que había de morir y que acabase de salir del engaño. El medio que el alcalde tomó y le pareció más a propósito fue mandar que le llevasen el serón y le pusieran donde le viese y le pusiesen tras esto la sogá a la garganta y



ataren las manos con el crucifijo a ellas, como si luego le hubiesen de sacar a ajusticiar. Con esto acabó de abrir los ojos y entender que no eran burlas ni amenaza sino veras. Clamando por su confesor, estuvo con él buen rato, confesándose y tratando sus cosas con él, lo que desde fuera pareció muy de otra manera que hasta allí, porque dio muestras y muchas de devoción, y de conformarse con la voluntad de Dios Nuestro Señor, aceptando la muerte como de su mano. Estuvo otro rato con el confesor a solas y él y los padres Descalzos, se estuvieron con él procurando conservar y llevar adelante la buena disposición que parecía tener, hasta que llegó la hora de sacarle a arrastrar. A las cuatro de la tarde y poco antes de sacarle entró a verle un religioso de Medina, el cual por verle bien tratado y parecerle cosa desacostumbrada visitarle a él personas semejantes, reparó y mirándola de pies a cabeza dijo, ahora acuerda el Rey a enviar persona que me conozca. Y esto dijo por dos veces, y asegurándole que no había tal ni mención de eso, le llevaron y pusieron en el serón. Y luego comenzó el pregón, que decía como se hacia aquella justicia en aquel hombre por traidor al Rey Nuestro Señor y embustero y porque siendo hombre bajo y vil se había querido hacer persona real. Oyendo decir por traidor, dijo, eso no. Y cuando dijeron ser hombre vil y bajo, dijo, Dios lo sabe. De esta manera le trajeron por gran parte del lugar, y en llegando al pie de la horca, en sacándole del serón se puso a mirar a todas partes con tanta entereza y señorío que no pudiera hacer más si entrara en alguna justa o torneo poniendo los ojos en la ventana de la cárcel donde el Alcalde estaba. Acometió a querer decir y hablarle desde allí, pero el padre de la Compañía con quien se había confesado se lo estorbó, diciendo: mire hermano si tiene algo que reconciliarse, que ahora es tiempo, esto es lo que hace al caso y en lo que debe poner los ojos y no en otra cosa. Con esto se hincó de rodillas, diciendo razón tiene padre reconcílieme. Y se redujo y reconcilió y luego fue subiendo la escalera y dando aquellos postreros pasos, subiendo con él el padre Descalzo por una parte y en la misma escalera y por la otra, en otra escalera el de la Compañía, y cuando le pareció que había subido, y quería volver el rostro hacia donde le había de tener diciendo el verdugo suba otro escalón, dijo con



grande gravedad, y mucho reposo y extraña majestad: ¿esto más falta? Y subió y luego le pareció que el cordel que tenía al cuello no estaba bien puesto, levantó la mano y le compuso con el mismo aire que si compusiera una lechuguilla, que parecía hacia burla de la muerte y de quien se la daba. Hecho esto, se volvió hacia donde estaba el alcalde y poniendo los ojos en el dijo al señor don Rodrigo, queriéndole hablar; entonces el padre Descalzo se lo impidió e hizo que pidiese a todos perdón por el mal ejemplo y escándalo que había dado. Pero luego volvió a encarar los ojos hacia donde estaba el alcalde y con los ojos airados le dijo a don Rodrigo, y el padre Descalzo le apretó el crucifijo en la boca, impidiéndole no saliera con alguna palabra airada que escandalizase. Después de haberle sosegado y hecho hacer algunos actos de contrición, a lo menos dado muestras de ellos, hizo su oficio el verdugo, tardando buen rato en ahorcarle, que según habían sido sus embustes y marañas, aun daba que sospechar a la gente que había aguardado para aquella hora. Pero no le valieron, que era lo que Dios tenía determinado para fin de ellos y así acabó Gabriel de Espinosa por fingirse lo que no era.

Concluida la Justicia de Espinosa, se fue haciendo lo mismo con las demás personas que se hallaban culpadas; deserrando unos, azotando y echando a galeras otros, entre los cuales estaban el ama de Espinosa y aquel soldado francés que prendieron en hábito de fraile.

Solo faltaba ya concluir con Fray Miguel, por ser persona de más calidad y estofa y tener más culpa. A los 16 de octubre de 1595 fueron a la cárcel el doctor Llanos y el alcalde Canal y juntos entraron en un coche y llevaron en él al dicho fray Miguel a la Iglesia de San Martín, donde le estaban esperando el arzobispo de Oristán. Estando la iglesia llena de gente de todo genero, oyó la sentencia cuyo tenor es el que se sigue: condenamos a que sea degradado, a la pérdida de todos sus bienes, a ser llevado por las calles públicas con pregón, y a ser ahorcado en la Plaza Mayor de aquella villa. Esto fue el 19 de octubre de dicho año.

Se espantó mucho todo el mundo de que se hiciese castigo tan grande en un hombre tan calificado como docto y religioso; porque si bien se



mira y entenderá, aquello no fue más que una casquetada o portuguesada y no merecedora de tan espantoso castigo. Del Rey Católico se escandalizó todo el mundo, que siendo tan cristianísimo príncipe y tan defensor de las religiones, consintiese tal condena.

Este fue el fin de un hombre de tan grandes partes, séalo también de esta maraña y enredo, el advertir los ardides del Demonio, que poco a poco va enredando a quien se deja engañar, hasta venir a dar en cien mil disparates y desatinos.

*Mi ideal pedagógico sería
enseñar por arte de encantamiento.
La ciencia es, ante todo, seducción».*
J. A. Marina

EPÍLOGO. UNA CONSPIRACIÓN POR LA PALABRA

También debía ser el fin de nuestra presencia en esta tribuna. Pero no me perdonaría abandonarla sin hacer una propuesta. Os quiero proponer una conspiración. Sí, una conspiración. Aquí, ahora, en este momento, en el secreto del aula, con el poder que otorga lo que no es revelado. Una conspiración por la palabra. Vivimos de la palabra. Somos profesionales de la palabra; ...*casi todos los logros de nuestro ingenio nos han sido deparados por la palabra* decía Isócrates. Por esto mismo debemos velar por el uso razonado, inteligente y justo de la palabra.

Resulta urgente, necesaria una conspiración que rechace la palabra vana, estéril, perversa. No a la palabra que seduce en la debilidad. No a la palabra que da soporte a la violencia, a la guerra, al nacionalismo irracional y excluyente, que antepone su objetivo político sobre el valor de la vida. Habría que negar la palabra a los violentos y esta sería su mayor condena. No a la palabra que censura, limita el juicio o reduce la crítica. No a la palabra que separa, desintegra o aleja.



La palabra posee la íntima cualidad de seducir, dice J. A. Cardozo. Cuando la voz o la escritura toca la fibra del sentimiento, el alma se sacude y enternece, la piel rompe su silencio. Cuando la palabra se enlaza y crea una frase diciente, asombra, interpela, ayuda, emociona.

La palabra es una herramienta esencial, siempre a mano. Y cuando se eleva al razonamiento, deja percibir una verdad inquietante o pone en duda una sosegada creencia. El mundo es en la palabra. La palabra nombra. Al nombrar ordena y al ordenar crea.

Conscientes del poder de la palabra, lo que simboliza, hemos de predicar una palabra ejemplar ante los nuestros, ante la sociedad y también ante el estado e incluso ante la comunidad internacional. Una palabra crítica; crítica hacia los poderes y no solo el político, sino al económico, al cultural, al mediático, etc. pero también hacia nosotros mismos. Una palabra que muestre los hechos incómodos y que venga a compensar aquel rigor intelectual que suele faltar en la calle. Una palabra que transmita complejidad, *que no se limite a enseñar a los neófitos unas cuantas habilidades simbólicas y a desempeñar un oficio. Es necesaria una palabra que transmita la completa perplejidad del mundo, nuestra propia perplejidad, la dimensión contradictoria de nuestras frustraciones y esperanzas.* Una palabra capaz de despertar el deseo de más educación, de nuevos aprendizajes, de nuevas enseñanzas. El bien educado, escribe F. Savater, *sabe que nunca lo está del todo pero que lo está lo suficiente como para querer estarlo más; quien cree que la educación como tal concluye con la escuela o en la universidad no ha sido realmente encendido por el ardor educativo sino solo decorado por sus tintes menores.* Así lo entendió Baudolino al afirmar: *...lo bueno del studium es que aprendes, si, de los maestros, pero aún más de los compañeros, sobre todo de los que son mayores que tú, cuando te cuentan lo que han leído y descubres que el mundo está lleno de cosas maravillosas y que para conocerlas todas, visto que la vida no te bastará para recorrer toda la tierra, no te queda sino leer todos los libros.*

Es necesaria también una palabra orientada hacia el futuro. Educar no es otra cosa que formar para el futuro. Y esto requiere de un planteamiento anticipatorio que familiarice a los alumnos con la problemática



mundial, la tecnología más avanzada y los métodos de gestión de la sociedad moderna. Una palabra repleta de convicción, para que no se vuelva hueca, vacía o sin sentido; convencida para que no nos ocurra como al teólogo Melancton -que dice Borges en su *Historia Universal de la Infamia*- que cuando se decidió *a escribir un elogio de la caridad, las páginas escritas hoy aparecían borradas mañana.*

Una palabra, queridos colegas, que nos aleje de la pedantería pedagógica. La principal causa de ineficacia docente, según el propio F. Savater, y que ya denunciaba el emperador Adriano: *... mis primeras patrias fueron los libros. Y en menor grado las escuelas. Las de España se resentían del ocio provinciano... Los maestros, encerrados en los estrechos límites de su saber, cada uno despreciaba a sus colegas que poseían otros conocimientos igualmente estrechos...*

Una palabra que nos ayude a explicar y a transmitir el porqué de lo que conocemos, que transmita cultura y la cultura no es otra cosa que entender el mundo.

Una palabra, al fin, agradecida. Agradecida a todos vosotros que habéis hecho posible que mi intervención ya no sea mía, que sea de todos, de la Universidad, que me permitió, sin merecerlo, ocupar su tiempo y su espacio. Sí me pertenece, en cambio, el honor de haber podido disfrutar -gran privilegio este- del uso de la palabra.

He dicho.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
I. PORTUGAL EN EL CÉNIT DE SU HISTORIA	13
II. DON SEBASTIÁN, REY ANTES QUE HOMBRE	17
III. ÁFRICA EN LA MIRADA.....	21
IV. EL TRONO PARA UN REY ODIADO	27
V. DE COMO INVERTIR EL CURSO DE LA HISTORIA, EL RECURSO AL MITO	31
VI. LA CONSPIRACIÓN DE MADRIGAL O EL DOMINIO DEL VERBO	39
EPÍLOGO	
UNA CONSPIRACIÓN POR LA PALABRA	61